



NO TODOS LOS DÍAS II

UNA NOVELA

DE

MARKUS VINZENT

1. Cuando ya no queda nada

En algún momento de la noche debió de haber llegado al hotel. El portero le había dicho que habían podido prolongar la habitación tal como él había pedido, de modo que podía irse tranquilamente a dormir. Se le había olvidado por completo que Anika había emprendido el viaje hasta aquel hotel.

A la mañana siguiente, cuando salió a la calle después de desayunar en el hotel, buscó el patinete sin pensar siquiera en Anika. No había ninguno. ¿Habría regresado andando al hotel durante la noche? Pero creía recordar vagamente que no había vuelto de la clínica en autobús, sino en patinete. Sin embargo, allí no había ninguno. Quizá algún madrugador ya se lo hubiera llevado. ¿Había cambiado la batería por el camino? René miró la aplicación y descubrió, gratamente sorprendido, que le habían abonado los minutos por el cambio de batería. Así que la noche no debía de haber sido tan oscura como la recordaba. De noche no sólo todos los gatos son pardos; dejan incluso de ser gatos y se transforman en fieras que desgarran por dentro.

René subió al siguiente autobús que iba en dirección a la clínica. Sin embargo, quería bajarse a mitad de camino para comprarle un ramo de flores a Feeny: le encantaban las flores, aunque él no sabía si, debido a la sepsis, permitirían tenerlas en su habitación.

Da igual, pensó. Si no puede tener las flores en su habitación, al menos podrá alegrarse al verlas cuando pase junto a la sala común de la planta 36 camino del baño, sabiendo que René había llevado aquellas flores para ella y para toda la planta.

Cuando bajó del autobús en la esquina donde, según Google Maps, debía de haber un puesto de flores, divisó enseguida un tenderete de aspecto bastante improvisado, parecido a una caravana abandonada. Lo adornaban tulipanes recién cortados, algo que no habría esperado encontrar en aquella época invernal. René pidió a la vendedora, de modales algo bruscos, que le preparara un saludo de primavera.

—¿Sabe? —dijo ella—. Para nosotros el invierno ya ha terminado. ¿Es el ramo para su mujer?

René le dio a entender que había acertado.

—Muchos de los que compran flores aquí llevan los ramos a la clínica. ¿Cómo está su mujer? Sólo se lo pregunto para escoger los colores adecuados.

—Necesita una mezcla: colores serios y otros que le den ánimo. Pero no sólo de esos.

—¿Quiere comprender a su mujer? —preguntó ella.

—Las flores son como las melodías. No determinan a quienes las ven o las escuchan; son quienes las ven o las escuchan quienes ven y oyen lo que sucede dentro de ellos a través de las imágenes que surgen en su interior. Mi mujer está gravemente enferma, pero todavía no se ha rendido. Quiero que sienta ambas cosas: que comprendo la gravedad de su miedo y de su preocupación y que los comparto, pero también que lucho y vivo con ella mientras ella luce y viva.

La vendedora se volvió y fue a buscar al almacén de atrás algunas flores cortadas. Las mezcló con follaje, añadió tonos violetas y también unas cuantas flores amarillo limón; con destreza compuso el ramo y se lo entregó a René.

Él lo olió, pagó y supo que primero tenía que trabajar en su propia confianza antes de acercarse a la cama de Feeny. El ramo que llevaba en la mano le ayudaba a hacer surgir en su interior otras melodías, otros colores.

No sabía de dónde procedía aquella música de violines, pero de pronto se sintió invadido por una melodía extraña, sincopada, semejante a la banda sonora de un tráiler cinematográfico: una mezcla de Nueva York, música gitana y rap. La ciudad parecía alcanzarlo de nuevo, y con ella el apiñamiento en el autobús: personas empujadas hacia sus trabajos, adolescentes que todavía intentaban terminar sus deberes escolares durante el trayecto y secretarías que, pese a los tumbos, se esforzaban por maquillarse y ponerse el pintalabios.

Al contemplarlas sintió que crecía en él cierto resentimiento. ¿Tan poco tiempo se concedía la gente para prepararse para las tareas que tenía por delante? ¿Qué ocurriría si los médicos y el personal hospitalario dejaran también sus preparativos para el último momento?

No, se dijo. Su experiencia le había enseñado que el entorno en el que ahora se encontraba Feeny no tenía nada de improvisado, aunque las personas que trabajaban allí estuvieran sometidas constantemente a una presión enorme.

Siempre que se sentaban en la sala de consultas —aunque muchas veces fuera después de horas de espera—, el profesor Choukri parecía disponer de todo el tiempo del mundo. Y lo mismo sucedía con los médicos y el personal del hospital.

Esperar: ésa era la palabra mágica.

Tiempo: la otra.

René había aprendido que el tiempo, que en la vida cotidiana parecía comprimirse, escasear por culpa de tantos medios que prometían prolongarlo —calendarios, agendas, métodos para ahorrar tiempo, planificadores—, en el hospital se dilataba, a menudo hasta volverse insoportable, incomprensible.

Miró su calendario electrónico y se sobresaltó.

—¡Mierda! Me he olvidado de Anika. ¿Dónde estará?

Con las flores todavía en la mano, marcó su número. Enseguida respondió una voz amable:

—Estoy desayunando en tu hotel. ¿Ya estás de camino?

—Sí, perdona. Ayer fue un día agotador. Ni siquiera sé cómo llegué al hotel y después me olvidé por completo de ti. Acabo de comprarle unas flores a Feeny. Si estás desayunando, tómate otro café. Vuelvo al hotel y estaré contigo en unos minutos.

En realidad, era la decisión acertada, porque probablemente ni siquiera habría podido visitar a Feeny a aquella hora: por las mañanas se realizaban siempre todas las pruebas y exploraciones. Todavía no había recibido ningún mensaje de ella ni tampoco del profesor Choukri.

Aun así, se sentía dividido. Habría preferido esperar delante de la puerta de la planta de Feeny, sentado en aquel banco de malla metálica verde, antes que regresar al hotel.

Por otra parte, agradecía que Anika hubiera hecho el viaje y venido a Berlín para visitar a Feeny.

Ella todavía no sabía que Feeny tenía sepsis y que las visitas estaban restringidas.

Cuando entró en el comedor del desayuno, vio a Anika sentada en una mesa del fondo, con la mirada hundida en su café.

—Muchas gracias por haber venido. Y perdona que ayer por la noche y esta mañana me olvidara completamente de ti.

—No te preocupes por eso. Sólo me demuestra la presión bajo la que estás viviendo, lo tensa que es la situación y todo lo que Feeny y tú habéis tenido que pasar ya esta semana.

René fue primero a buscar un café y un pequeño bol de muesli con fruta y se sentó junto a Anika.

Ella le tomó la mano y se la apretó con fuerza.

—Va a salir adelante. Ya ha superado tantas crisis. ¿Qué dicen los médicos?

—Las primeras valoraciones fueron bastante desalentadoras. Críticas, preocupantes. Pero justo cuando volvía hacia aquí recibí un breve WhatsApp del profesor Choukri. Dice que los valores sanguíneos se han estabilizado durante la noche y que podemos permitirnos un poco de esperanza.

Anika volvió a apretarle la mano, alentándolo. Lo miró de frente y sus miradas se encontraron. La incertidumbre había desaparecido de los ojos de René. Anika percibió en ellos determinación.

—¿Y tú cómo estás? —le preguntó.

—Los últimos días han sido agotadores. Sobre todo porque Feeny decía que no necesitaba ir a la clínica. Pero creo que sencillamente estaba harta y que durante días no fue capaz de reunir fuerzas para volver a entrar en un hospital. Al final decidió hacerlo, y eso me alivió un poco.

—¿Cómo ves la situación?

—He vivido ya tantas situaciones... y, como tantas veces, no tengo intuición alguna. Tengo que soportar el momento, igual que tú. Esta noche sabremos más.

—¿Crees que hoy debería visitarla? ¿Que podré hacerlo?

—Ni siquiera eso puedo contestártelo. Propongo que salgamos después del café. Mira —señaló el ramo que, a la entrada del comedor, había pedido a una camarera que pusiera en un jarrón—, he comprado estas flores esta mañana. Ya sabes cuánto le gustan.

—Me gusta la mezcla que has escogido. Estoy segura de que le harán ilusión.

—Aunque ni siquiera podamos llevarlas a su habitación. Tengo que decirte que, debido a la sepsis, sólo se puede visitar a Feeny tomando determinadas precauciones. Las flores también tendrán que quedarse fuera. Las pondremos en la sala común de la planta; allí hay un armario con jarrones que podemos utilizar. Las enfermeras son tan atentas que incluso se ocupan de cambiarles el agua. Si Feeny puede salir de su habitación, pasará por delante de la sala y al menos podrá disfrutar de ellas. Y nosotros podremos contarle que son para ella.

—¿Qué significa sepsis?

—No puedo explicarte los detalles médicos. Sólo sé que, cuando me informaron, vi miradas preocupadas y ojos sombríos entre los médicos y el personal sanitario. Lo poco que he buscado en Google me ha permitido entender que es una situación de emergencia: el organismo reacciona de tal manera ante una infección que puede acabar dañando sus propios órganos.

Anika guardó silencio y escuchó. Intentaba comprender a qué tendría que enfrentarse aquel día.

¿Debía avisar a Bruno?

—¿Has informado a los niños?

—El profesor Choukri me pidió que lo hiciera. He reservado para esta noche un apartamento más grande en el hotel, porque los niños se pusieron inmediatamente en camino. Vuelan juntos de Manchester a Berlín. Llegarán a última hora de la tarde y vendrán directamente a la clínica.

—Vámonos —dijo René.

Anika tomó su bolso y se agarró del brazo de René para levantarse, dándole a entender con aquel gesto que quería permanecer a su lado.

Salieron en silencio. René hizo señas a un taxi y emprendieron el trayecto hacia la clínica.

Sentados juntos en el asiento trasero, Anika extendió la mano y la posó con cuidado, casi tiernamente, sobre el muslo de René.

—Todo saldrá bien. Estoy convencida —dijo en voz baja.

René la oyó y comprendió. Sus pensamientos estaban con Feeny, con lo que debía de estar viviendo en aquel preciso instante.

Y al mismo tiempo lo asaltó el miedo a cómo sería la vida si Feeny no sobrevivía a aquel día.

¿Qué haría?

¿Cómo se lo explicaría a los niños, que habían emprendido el viaje desde Inglaterra a Alemania llenos de miedo y angustia, pero también de esperanza?

¿Cómo sería una vida de tres?

¿Cómo vivir sin Feeny, que había sido el centro de la familia?

¿Había sido?

René se sorprendió imaginando la muerte de Feeny, pensando más allá de ella, algo que hasta entonces se había prohibido siempre.

Pero de pronto el espectro estaba allí, dentro del taxi.

Sentado sobre su nuca.

Dentro de su cabeza.

Delante de sus ojos.

Sintió una presión clara sobre la mano, un tirón a su lado.

—Ya estamos. Tenemos que bajar, René.

Anika había sentido que René estaba muy, muy lejos con sus pensamientos. Había intuido en qué estaba pensando. Había notado el sudor de su mano, sobre la que primero había posado la suya antes de volverla y encerrarla entre sus dedos.

Mientras René rebuscaba la cartera en su bolso, Anika entregó un billete al taxista.

—Quédese con el cambio.

René, desconcertado, miró a Anika con expresión atónita.

—Vamos —dijo ella, empujándolo suavemente.

Bajaron del taxi, cruzaron la calle y se dirigieron hacia la garita de entrada de la clínica.

René conocía ya el procedimiento.

Hacer cola.

Esperar, otra vez.

Esta vez sin llovizna. Hacía frío, pero al menos no llovía.

No conocía al portero de guardia. Parecía un jubilado que hubiera encontrado allí un trabajo para completar la pensión. Tardaba una eternidad en introducir los datos de cada visitante en las hojas correspondientes, aún más que su compañero del día anterior.

Documento de identidad comprobado.

Planta.

Hora.

Persona a la que se visitaba.

¿Cómo era posible tardar tanto en anotar tan pocos datos?

Cuando les llegó el turno a Anika y René, el portero preguntó por el domicilio.

Anika dio el suyo. René pasó su documento de identidad por la pequeña abertura redonda de la garita.

El hombre mayor le dio la vuelta y lo examinó con escepticismo.

—¿Dónde vive usted? —preguntó en tono crítico—. ¿Por qué pone aquí: «Sin domicilio en Alemania»?

El portero clavó los ojos en René como si una máquina lo estuviera escaneando de arriba abajo.

René se sintió como un inmigrante en la frontera entre México y Estados Unidos, a punto de ser rechazado.

—¿Y qué pongo yo aquí? En mi formulario no está previsto alguien sin domicilio. Mire que he visto de todo: domicilios en Estambul, en Moscú, en alguna ciudad siria cuyo nombre no hay quien pronuncie ni escriba. Pero alguien sin domicilio no me había tocado nunca.

—Pues escriba simplemente en «calle»: «ninguna»; y en «localidad»: «domicilio».

La solución pareció gustarle al portero y encajar en sus categorías. Así que se puso a trasladar laboriosamente, en grandes letras mayúsculas, la información de René a las casillas:

SIN – DOMICILIO – EN ALEMANIA.

Mientras el portero dibujaba sus mayúsculas, el murmullo de la cola que se había formado detrás de Anika y René fue creciendo hasta convertirse en una protesta abierta. Nadie entendía —ni quería entender— por qué aquella pareja tardaba tanto y por qué la fila no avanzaba.

Las miradas furtivas se volvieron hostiles. Parecían querer sacar de la cola a aquellos inmigrantes.

¿Cómo podían dejar entrar a gente así en una clínica?

La pregunta flotaba entre las quejas, aunque Anika y René no alcanzaban a distinguir las palabras exactas.

—¿Adónde quieren ir? ¿A quién?

René explicó que tenía que ir a la planta 36, donde estaba ingresada su mujer, gravemente enferma, y que el médico había autorizado que pudiera subir antes del horario habitual de visitas, también acompañado por familiares.

El portero tomó el teléfono de servicio.

—¿Planta 36?

René asintió.

El portero marcó mientras detrás de ellos continuaban las protestas cada vez más ruidosas.

Se llevó el auricular al oído y permaneció inmóvil durante largo rato, probablemente hasta que sonó el tono continuo que indicaba que nadie contestaba al otro extremo.

Concienzudamente, colgó.

Con toda calma volvió a levantar el auricular, marcó de nuevo e ignoró tanto las miradas desesperadas de Anika y René como a la muchedumbre cada vez más ruidosa que tenían detrás.

Volvió a apretar el teléfono contra el oído para poder distinguir, pese al ruido que lo rodeaba, el momento en que alguien respondiera desde la planta.

Tampoco el segundo intento tuvo éxito.

—Siempre lo mismo. Uno tiene que hacer su trabajo y al otro lado nadie contesta. No tienen tiempo, demasiados pacientes, poco personal... o estarán tomando café. Y aquí uno no tiene tiempo ni para ir al baño.

El portero parecía querer disculparse por no haber cumplido con su cometido, o por no haber podido cumplirlo.

Estampó un enorme sello sobre la autorización de visita y la pasó por la pequeña abertura circular.

Anika la recogió y se la entregó a René. Él se la mostró al agente de seguridad situado dos metros más allá de la garita, junto al acceso a la clínica, encargado de comprobar si el papel llevaba aquel sello oficial que lo decidía todo.

Alivio o irritación: René y Anika dejaron atrás las protestas de la cola y se sintieron liberados, autorizados, una vez que hubieron pasado la garita y atravesaron el primer patio hacia el siguiente.

A su alrededor corrían personas con uniformes blancos, azules y verdes. Entre ellas se mezclaba un enjambre de visitantes y de gente que entregaba mercancías.

René conocía el camino hacia la planta con los ojos cerrados: junto a la capilla universitaria, después por la avenida de la clínica, al fondo de la cual se encontraba la biblioteca universitaria de Medicina. A mitad de camino tenían que girar a la derecha para entrar en el edificio de Oncología Ginecológica.

Delante estaba, casi como una pequeña promesa de ánimo, el *coffee bike* donde cada mañana se compraba un café fuerte y, por la tarde, un capuchino; y, los días en que Feeny se encontraba mejor, llevaba también uno para ella, con leche de arroz y crema de caramelo.

Hoy no se detuvo allí.

Entró en el edificio de la mano de Anika, pasando junto a todos aquellos rostros que parecían gritarles:

Seguimos vivos.

Llegaron al ascensor y subieron a la tercera planta.

Una vez arriba, alcanzaron la puerta cerrada de la unidad.

René llamó al timbre.

Esperaron.

Nadie respondió.

Estaba acostumbrado.

Sólo era cuestión de tiempo hasta que alguna enfermera o algún enfermero atravesara aquella puerta.

Así ocurrió: una persona que sacaba de la planta unos bidones de agua vacíos sobre un carro abrió la puerta, y René y Anika pudieron entrar. René se dirigió al puesto central de enfermería. La enfermera responsable de la planta no estaba en ese momento; el médico de guardia permanecía sentado ante su ordenador, estudiando unas hojas de datos. René se colocó cerca de él y esperó, pues no quería interrumpirlo.

Al cabo de un rato, el médico levantó la vista y vio a René, que evidentemente esperaba poder hablar con él.

—Señor Weingarten, qué bien que haya venido. Ya hemos terminado la visita. Hemos examinado y discutido los valores de su mujer. Aunque no sabemos muy bien cómo explicarlo, han mejorado durante las primeras horas de la mañana. El profesor Choukri, que ayer, después de la última visita, insistió desde Seúl, donde asistía a un congreso, en que aumentáramos la dosis del antibiótico de amplio espectro, probablemente tenía razón al indicarnos que le administráramos esa dosis mayor. Quizá haya sido eso. O quizá el cuerpo de su mujer haya decidido que quiere sobrevivir. Sea como sea, esta mañana parece haber superado la fase crítica de los últimos días. Por supuesto, todavía es demasiado pronto para hacer una afirmación definitiva, pero por el momento pueden permitirse un poco de esperanza. Y, por favor, no se sorprendan: su mujer sigue teniendo sepsis, de modo que deben respetarse todas las medidas de precaución. Lamentablemente, las flores tendrán que quedarse en la sala común. Tampoco pueden entrar los dos juntos en la habitación: primero uno, después el otro. Y les ruego que limiten la duración de las visitas. Pero todos somos ahora un poco más optimistas.

René no sabía cómo asimilar toda aquella información. Anika, que estaba a su lado y quizá no estuviera acostumbrada a recibir explicaciones médicas de aquella clase, parecía haber comprendido más de lo que René había pensado, o incluso deseado. Se volvió hacia ella. Anika lo abrazó, lo estrechó contra sí. René sintió sus lágrimas sobre la mejilla.

Juntos fueron a la sala común y se sentaron uno junto al otro en el banco detrás de una mesa que parecía una de aquellas mesas bumerán de los años cincuenta. Anika apoyó la cabeza en él.

Permanecieron así un rato, en silencio, sosteniéndose el uno al otro.

Sosteniéndose.

¿Qué les esperaba?

René se levantó, abrió el armario, tomó uno de los jarrones, fue al baño, lo llenó de agua y regresó a la sala común, donde Anika lo esperaba con los ojos abiertos.

—Ve tú primero —propuso René—. Se alegrará muchísimo de verte. Y creo que le dará todavía más ánimo, porque sentirá que está saliendo otra vez de la rutina y entrando en un nuevo comienzo.

Anika estuvo de acuerdo. También ella estaba feliz de poder ver a Feeny. Al levantarse, abrazó afectuosamente a René.

—¿No estás celoso?

—Claro que sí. De ti, siempre —respondió él, casi burlón, con una sonrisa—. ¡Venga, anda!

Anika desapareció tras la esquina y tampoco se dejó intimidar por las instrucciones que destacaban en la puerta de la habitación de Feeny:

SEPSIS...

Leyó las indicaciones y se vistió enteramente de azul: cubrezapatos, gorro, guantes. Llamó a la pesada puerta, a través de la cual no podía oírse respuesta alguna. Así que entró con cierta vacilación.

En una de las camas yacía una paciente; la otra permanecía intacta. La mujer tenía tubos conectados a los brazos y otro que salía de su abdomen y desaparecía debajo de la cama. Otro tubo salía de su nariz. Tenía los ojos cerrados y parecía dormir. En los dedos llevaba pinzas cuyos cables conducían a los monitores. Sobre su cabeza había distintas pantallas que registraban impulsos irregulares. Junto a la cama se alzaban varios soportes de los que partían más tubos conectados a la paciente. En la cabecera estaba sentada una enfermera —¿o era médica?— que vigilaba los monitores y anotaba datos en una gran hoja.

Cuando Anika entró, la mujer se disculpó.

—Enseguida termino. Siéntese, por favor. Dentro de un momento la dejaré a solas con la señora Weingarten. Y pronto se despertará. Se alegrará de verla.

Anika percibió que en aquella planta había humanidad. Por mucho que toda clase de aparatos técnicos dominaran la primera impresión, era aquel tono humano de la enfermera o médica, más allá de cualquier diligencia profesional, lo que creaba la atmósfera.

Anika acercó a la cama uno de los taburetes que estaban junto al lavabo y se sentó. Sabía por las instrucciones que no debía aproximarse demasiado a la paciente ni establecer contacto físico con ella.

Así que permaneció allí, a cierta distancia.

A sus ojos, sin embargo, no podía imponérseles distancia alguna.

Y fijó la mirada en los ojos de Feeny.

Estaban firmemente cerrados.

Tanto más tranquilizador era ver cómo el pecho de Feeny subía y bajaba suavemente. Aunque dormía, Anika percibía la energía que irradiaba. ¿Qué sentiría cuando abriera los ojos?

René le había contado lo difícil que era para él velar junto a la cama de Feeny, esperar a que se moviera, precisamente porque estaba tan acostumbrado a que su presencia tuviera semejante dinamismo. Aunque Anika había querido comprenderlo, nunca había logrado sentir del todo lo que él trataba de decirle.

Ahora, sentada junto a la cama de Feeny, mirándola sin que aquella mirada le fuera devuelta y, sin embargo, con la sensación de que Feeny hablaba con ella, comenzaba a intuir lo que René sentía.

Probablemente, como él, tampoco ella quería hacer otra cosa que permanecer allí. No presionar a Feeny. No exigirle nada. Ni siquiera que abriera los ojos.

Sólo quería estar sentada.

Tener tiempo para Feeny.

Y agradecer que su pecho siguiera subiendo y bajando.

Con admiración, gratitud y algo semejante a la reverencia contempló los dedos de Feeny, aprisionados en aquellas pinzas. Creyó sentir las yemas de aquellos dedos sobre su propio cuerpo, entre sus cabellos, sobre su piel, sobre sus pechos, recorriendo su columna vertebral hasta aquel punto en que ambas yemas, las de Feeny y las suyas, se encontraban.

En aquel instante se alzaron las pestañas de Feeny.

Fue como una caricia.

Suave y cansada, llena de sentimiento, una caricia delicada, profundamente contenida.

Anika respondió con un leve movimiento de los párpados, sin exigir nada, con la misma contención.

Pero aquel contacto de las miradas tuvo un efecto enorme.

Feeny intentó incorporarse en la cama y abrió mucho los ojos, como si sólo hubiera estado esperando aquel instante. Casi como si hubiese olvidado que estaba unida a mil tubos y cables, se movió hacia Anika, aunque, agotada y vencida por los obstáculos, volvió a hundirse en la almohada.

Pero el resplandor se había encendido ya en sus ojos. Los párpados estaban levantados, las comisuras de sus labios ascendieron y habría querido decir algo si la intubación no se lo hubiera impedido.

Anika se levantó, se acercó a la cama y, como tenía prohibido tocar directamente a la paciente, acarició la manta que cubría a Feeny.

Feeny levantó las piernas, arqueó también el vientre hacia Anika, y una sonrisa alegre iluminó su boca.

La mirada apagada de Feeny había desaparecido. Tenía la impresión de haber despertado de un sueño profundo en algún paraíso. Por primera vez en varios días se sentía fresca, casi recién nacida.

Anika.

No podía creer que Anika estuviera allí, delante de ella.

¡Qué alegría!

Detrás de Anika, el sol reía a través de la ventana, por encima de su espalda. Feeny sintió el deseo de desprenderse de todas aquellas conexiones, levantarse y bailar con Anika. Se irguió con fuerza, aunque Anika intentó tranquilizarla.

Pero no había nada que pudiera contener a Feeny.

En aquel instante se abrió la puerta y entró la visita médica de la mañana: todo el séquito.

El profesor Choukri había regresado de su viaje a Corea y entró en la habitación de Feeny con paso decidido, aunque con una mirada traviesa. Lo acompañaban sus asistentes, el personal de enfermería y también los estudiantes. Con su habitual mirada crítica sobre las hojas de datos, seguía dando instrucciones relacionadas con la visita anterior.

Anika preguntó si debía salir.

—No, no. Quédese tranquilamente. Eso le dará a la señora Weingarten la confianza que necesita. Y después podrá transmitirle la información a su marido.

Anika se recostó en la silla y aguzó el oído, esperando lo mejor.

Primero, el profesor de Oncología miró por encima de las hojas hacia su paciente. La descubrió ligeramente, palpó la parte baja del abdomen, le tocó la frente y le preguntó:

—¿Cómo se siente, señora Weingarten?

Feeny no podía responder bien a causa de la intubación, pero con los ojos y con los pocos gestos que tenía a su disposición dio a entender al profesor Choukri que había comprendido la pregunta y que sentía que estaba mejorando.

—No se preocupe. Estamos muy satisfechos con la evolución. La sepsis todavía no está completamente superada, pero parece que ha dejado atrás la cumbre y avanza en la dirección correcta.

Anika no podía creer lo que oía.

—Podemos retirar la intubación. También pueden quitarle los tubos abdominales —ordenó el profesor Choukri en distintas direcciones—. Y en cuanto suspendamos la alimentación artificial, pueden darle a la señora Weingarten comida ligera. Continúen con el antibiótico tal como está previsto. Y, por favor, llamen también a Fisioterapia, para que podamos ponerla en forma de nuevo lo antes posible.

Los asistentes tomaron nota.

—Volveré a verla esta tarde. Más tarde tengo que volar a Londres para asistir a un congreso, pero quiero verla otra vez antes de marcharme.

Feeny respondió con un movimiento de los párpados.

—Se recuperará —dijo el profesor Choukri.

Y por primera vez Feeny esbozó una amplia sonrisa.

Anika estaba perpleja. No podía comprender cómo Feeny había cambiado tanto en apenas unos minutos.

Apenas terminó la visita, entró el personal médico, desconectó a Feeny, le administró la medicación y, en cuanto retiraron los tubos, Feeny se incorporó en la cama y dirigió a Anika una mirada despierta.

Ahora que también estaba libre de la intubación, abrió la boca e intentó hablarle.

No lo consiguió a la primera; la voz todavía se le quebraba.

—Perdona, Anika... qué bonito... que estés aquí.

—No puedo decirte la alegría que me da poder estar contigo y ver los progresos que estás haciendo.

—Sí... todavía estoy un poco... aturdida...

—¡No me extraña!

—Tengo la sensación de haber dormido durante días... y varias veces soñé que mi vida había terminado... Se habla de una luz al final. Yo no vi ninguna luz, pero... la oscuridad no me asustaba... más bien me atraía... Pensaba que iba a encontrarme en la oscuridad, precisamente cuando... me perdía en ella. No, no había luz, pero tampoco una oscuridad aterradora. Tampoco colores.

—Mmmm... siendo los colores tan importantes para tu vida —añadió Anika.

—Colores en la vida, para la vida. Pero la vida se entrega a la oscuridad, se abandona, deja atrás la luz junto con los colores. Y, sin embargo, era una oscuridad que cobijaba, como una manta de lana, lana negra de oveja. No pesaba. Daba calor. Dejaba espacio.

—¿Sin miedo?

—Miedo... más bien a aquella luz cegadora de la que huía. No podía mirar hacia atrás. Los colores se perdían en la luz, detrás de mí, pero nada me retenía. La oscuridad era noche, pero una noche seductora. Me atraía.

—¿Y el regreso a la luz?

—¿Quieres decir a los colores?

—Sí, quizá.

—Sin duda. La oscuridad cedió ante la luz con la misma rapidez con que antes la luz se había desvanecido en la oscuridad. Sentí que la oscuridad era el fondo de la luz, no al revés; la luz, apenas la envoltura exterior de la noche. Durante un instante, un abrir y cerrar de ojos, no sentí nada. Ni a mí misma. Ni siquiera la nada. Sólo nada. No sentía nada, aunque... no, eso no es cierto. Sentí la pérdida de la pérdida. No me resultó fácil dejar que la oscuridad se retirara.

—¿Y ahora?

—Todavía estoy un poco lenta. Intento acostumbrarme a los colores, a la luz, a los contrastes. En mi noche yo era yo. Yo era. Nada fuera de mí era yo. Era verdadera, yo en la nada, sin percepción. ¿Cómo puedo describirlo?

Buscó con los ojos algún punto de apoyo en la habitación.

—También agradezco volver a sentirme. Pero tengo la impresión de que primero tengo que buscarme otra vez: las dimensiones, la cama, mientras me acostumbro a la luz, a ver tu rostro. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—René nos avisó. Dijo que no estabas bien.

—Sí, he pasado unos días muy duros. También han sido difíciles para René y para los niños. Pero hoy me siento algo mejor. Parece que estoy remontando.

—René te ha traído flores. Un ramo lleno de colores, aunque no le han permitido ponerlo en tu habitación.

Los labios de Feeny se movieron. Eran tan finos, no más gruesos que un lápiz, pero entretanto habían recuperado un color luminoso y se elevaron en una ligera sonrisa.

—Las flores vienen de la noche. Sus colores también. Si las sostienes contra una ventana iluminada, sus colores se debilitan. Pero en mi noche brillaban, como si hubiera visto venir a René con el ramo.

—Feeny, cuando te permitan salir de la habitación, verás todo su esplendor en vuestra sala común. René está esperando allí. Tenemos que turnarnos para visitarte.

—Quédate un poco más —pidió Feeny—. Tu voz me hace bien. Me acaricia, aunque no puedas tocarme. Ya sé que por la sepsis tenemos que mantener la distancia.

—La distancia no es algo que me moleste. ¿Sabes? No es una palabra fea, como algunos creen. En mi vida, la distancia siempre ha sido un elemento central de cualquier relación. Nunca habría conocido a Bruno, y mucho menos me habría entregado a él y con él, si hubiera sentido el peligro de perderme en su persona. Que él tuviera aquel paraguas protector de la Iglesia, que lo protegía de una intimidad devoradora, del matrimonio, de los hijos, de la familia en el sentido convencional y todo lo demás, era precisamente lo que lo hacía atractivo para mí. Encarna todo aquello que yo quería; parecía protegerme, y todavía parece hacerlo, de todo aquello de lo que yo misma quería protegerme.

—¿Puedes repetir lo que acabas de decir? Creo que he podido seguirte, pero... toca tantas cosas dentro de mí, me llega tan profundamente porque roza mis propios sentimientos. Dímelo otra vez. Me haces tanto bien.

En lugar de repetir sus palabras, Anika se levantó y, contraviniendo todas las indicaciones médicas, se acercó a Feeny. Llevaba puestos los guantes azules, la mascarilla, el gorro; a los ojos de Feeny debía de parecer un extraterrestre.

Se tocó la propia boca, naturalmente cubierta por la mascarilla, con los dedos enguantados de azul. Rozó sus propios labios y después llevó aquel dedo azul hasta los labios de Feeny, que iban adquiriendo un rojo cada vez más intenso.

Feeny se estremeció. Alzó las cejas; apareció el blanco de sus ojos, se dilataron sus pupilas. Un estremecimiento visible le recorrió todo el cuerpo.

La vida regresaba a ella.

Se movieron sus piernas, su vientre.

Su espíritu ya había reconquistado antes la vida; ahora aquella fuerza se prolongaba hasta sus miembros.

—Eres mi ancla —dijo Anika—. No puedes hundirte tanto que llegue a perderte.

Feeny negó con la cabeza.

—La oscuridad no es pérdida. Esa nada no tiene profundidad; es una nada de la nada, es enteramente ser. Tú siempre estás ahí, enteramente ahí. Cuanto más oscuro, más cerca.

—No te esfuerces demasiado —intentó Anika rebajar un poco la intensidad, preocupada por Feeny.

Feeny volvió a negar con la cabeza.

—No soy de azúcar. Ni tampoco de cera. ¿Quieres decirle a René que estoy mejor?

—Con muchísimo gusto. Además, llevo ya tanto tiempo contigo. Deja que tu marido tenga también un poco de ti.

Las dos mujeres sonrieron, aunque Feeny sólo podía percibir la sonrisa de Anika a través de sus ojos.

Cuando Anika regresó junto a René, éste vio enseguida por la serenidad de su mirada que la situación no había empeorado. Todo lo contrario: Anika parecía relajada, casi ligera. Miró el ramo de flores como si se alegrara de verlo.

René tomó el jarrón y lo apartó del alféizar, lejos de la ventana, para colocarlo a la sombra junto al armario.

—Feeny se ha despertado, René —comenzó Anika—. Y te está esperando. No quería quitarnos ni un minuto más de este momento. Es tan hermoso ver que Feeny, evidentemente, está mejorando.

—¿De verdad? ¿Ésa es la impresión que tienes? —preguntó René, todavía asustado.

—Sin duda. No ha sido fácil soportar el silencio mientras dormía. No sé cómo lo soportas tú. Estar así junto a ella, de pie, sentado, velándola y, pese a toda esa cercanía, no recibir ninguna respuesta de ella, salvo los sonidos acompasados de los monitores y las líneas regulares del cardiograma y de los demás registros que te dicen que Feeny vive.

—Si me permites confesarlo, yo vivo esta situación de una manera completamente distinta. En los últimos años se ha creado entre nosotros tanta distancia —una distancia que muchas veces he sentido como amenaza, pero otras también como liberación y

oportunidad— que esos momentos de silencio, estando muy cerca de ella, los vivo como una intimidad increíble. A veces siento incluso, como hombre, una excitación que no siempre experimentaba cuando compartíamos nuestra intimidad. Aquí, tan cerca de ella, no hay grandes movimientos, ni ejercicios, ni fantasías: es su proximidad brutalmente pura, su presencia, el simple hecho de que esté ahí, lo que me habla, lo que me atrapa. Está ahí. Simplemente ahí. Y no se ha ido. Todavía no. Cuando Feeny abre los ojos y me lanza una mirada... No puedo explicarte con qué intensidad lo hace, cómo me alcanza, más de lo que las flechas pudieron alcanzar jamás a san Sebastián. No me alcanza sólo en los ojos, en el corazón; me alcanza en los pies, en las manos, en los oídos, en mis órganos masculinos más preciados. No es una paciente: es la mujer que me desafía por entero. Y siento que ese encuentro junto a su cama no es unilateral. La intimidad, eso es lo que he aprendido con ella durante estos últimos años, es ante todo lo que menos tiene de acto físico. También lo es, desde luego, pero es mucho más: la acción de dos almas o, dicho de una manera quizá más sencilla, de cuatro ojos; muchas veces ni siquiera una acción, sino simplemente estar. Y cuando se suma lo físico —las manos, la piel, lo más íntimo—, todo eso son ingredientes. Lo esencial ocurre allí donde no ocurre absolutamente nada, donde parece no haber nada, donde no hay nada que describir. Escucha una melodía de guitarra: no puedes decir dónde nace el sonido. ¿En los dedos que pulsan las cuerdas, en el ataque, en la caja hueca de la guitarra? ¿O simplemente en esa consonancia entre tú y la música, venga de donde venga y se extinga donde se extinga? Feeny. Eso siempre es también no-Feeny. La cercanía a ella ha sido y sigue siendo su distancia. Vivirla significó y significa siempre dejarla ir. Esta intimidad la venimos practicando desde mucho antes de su diagnóstico. Y, al mismo tiempo, es el más difícil de todos los ejercicios.

—René, con toda esa distancia... Feeny te está esperando. Regálale un poco de cercanía. Te quiere muchísimo. La visita médica llegó cuando yo estaba en la habitación, y el profesor Choukri...

René interrumpió a Anika:

—¿Ya había vuelto de Corea?

—Sí. Parece que llegó en el vuelo nocturno y se fue directamente a la clínica, aunque no parecía cansado. Además, comentó que a última hora de la tarde tenía que marcharse otra vez, a un congreso en Londres.

—Es incansable. Increíble.

René se levantó, abrazó a Anika, algo aliviado y agradecido, y se dirigió a la habitación de Feeny.

Llamó a la puerta. Delante de él seguía el gran cartel de advertencia: SEPSIS. La puerta insonorizada no dejaba pasar ningún sonido. La abrió con sumo cuidado, esperando encontrarse también con personal médico al que no quisiera molestar.

Pero la habitación estaba vacía.

La segunda cama que esperaba encontrar en la habitación de Feeny seguía allí, junto a la ventana, pero parecía recién desinfectada, sin ocupar, con la mesilla abierta: evidentemente, aquella plaza estaba libre. Al lado, en la zona de Feeny, su mesilla cerrada indicaba que allí sí había una paciente.

Pero su cama había desaparecido.

Ni tubos. Ni soportes. Los monitores estaban apagados, muertos.

René se quedó allí, mirando el vacío, sin comprender qué ocurría. El vacío le abrió sus fauces. Su mirada se perdió en las pantallas negras. Ninguna línea palpitante. Ningún pitido. Allí donde el día anterior había dejado a Feeny no había nada.

Apenas se atrevía siquiera a buscar una silla. Estaba demasiado desconcertado para saber si debía encontrar una y sentarse, si aquel vacío significaba que tenía que esperar o si había llegado el momento final, el instante en que toda espera terminaba.

Permaneció indefenso en medio de la habitación, entre una cama aún sin ocupar y otra que había desaparecido en silencio.

Sin corriente. Sin energía. Sin señal de vida.

Ni siquiera había quedado la bolsa con las cosas personales de Feeny. Ni su portátil, ni el cable, ni el móvil. Ni siquiera aquellos pañuelos de papel que tanto le gustaban, la cercanía de aquellos tejidos delicados y suaves.

René estaba aturdido.

¿Adónde mirar? ¿Adónde ir?

¿No acababa Anika de hablar con ella hacía apenas unos minutos? ¿No le había dicho que Feeny estaba mejor, que no tenía por qué preocuparse?

Se había ido.

No se atrevía a volver con Anika, que esperaba en la sala común. ¿Qué iba a decirle? ¿Iba a sumirla también en el mismo espanto? ¿Debía buscar al médico o a la enfermera de planta? ¿Sólo para que le confirmaran aquello que temía?

Allí estaba.

De pie.

Pensó en los niños, que ya debían de estar de camino. ¿Qué iba a decirles si llamaban ahora a la puerta? Menos mal que aquellas puertas no dejaban pasar ningún sonido, ni de un lado ni del otro.

Pero el silencio no era una solución.

¿Qué hacer?

¿Llamar a los niños? ¿Qué decirles? Todavía no sabía nada y no quería alarmarlos. Bastante alterados estaban ya después de su llamada. Se habían puesto inmediatamente en camino para ir a ver a mamá. Sabían que era urgente: papá nunca les había pedido que fueran al hospital.

Pero tenían esperanza.

Y él tenía esperanza.

Aunque seguramente también se habían preparado para despedirse de ella.

Al menos él no conseguía apartar de sí la despedida.

Se obligó a reaccionar. ¿Por qué abandonarse a pensamientos tan sombríos? Se recompuso, aunque seguía en medio de una habitación en cuyo centro bostezaba el vacío más grande de su vida.

Allí estaba, perdido. De pie, sí, pero sin saber realmente hacia dónde moverse.

Se abrió la puerta y entró una empleada del hospital.

—¿Traigo la comida?

René se encogió de hombros.

—No sé adónde se han llevado a mi mujer.

—Quizá a hacerle alguna prueba —respondió la mujer.

Por trivial que pareciera aquella respuesta, alcanzó a René y le permitió tranquilizarse un poco.

—Pregunte a la enfermera de planta. Ella podrá informarle. A estas horas suelen llevar a las pacientes a las pruebas rutinarias.

La mujer no parecía decirlo para tranquilizarlo, aunque evidentemente había advertido su inquietud.

Pruebas rutinarias. Claro.

Tenía sentido.

René le dio las gracias, salió de la habitación y, después de quitarse toda aquella indumentaria azul, se aventuró hasta el puesto de enfermería y esperó que alguna de las enfermeras reparase en él.

Como de costumbre, no había nadie.

Pasó corriendo junto a él una muchacha a la que habría calculado catorce años, quizá dieciséis, aunque debía de tener ya dieciocho, pues de lo contrario estaría en la planta de oncología pediátrica. No tenía pelo. También había perdido las pestañas. René imaginó por qué estaba en la planta 36.

Después pasaron unos celadores empujando una cama vacía. Algún tiempo más tarde regresaron, esta vez con una paciente acostada en ella. Tenía el rostro demacrado, ausente. Los celadores no sólo parecían diligentes, también llevaban prisa; y, sin embargo, bromeaban con la paciente, intentando animarla.

Mientras René seguía con la mirada la cama que desaparecía por el pasillo, la enfermera de planta le preguntó:

—Señor Weingarten, supongo que está buscando a su mujer.

René respiró con dificultad.

—No tiene por qué preocuparse. Al contrario. Hemos enviado a su mujer a hacerle una revisión completa. Un médico hablará con usted en cuanto regrese. Tendrá que tener un poco más de paciencia. Lo mejor es que espere en la sala común. Y muchas gracias por ese ramo de flores de primavera que ha dejado allí. Varias pacientes ya nos han dado las gracias, sin saber para quién estaba, y sigue estando, destinado.

Más que el contenido de lo que la enfermera trataba de transmitirle, fue la suavidad de su voz lo que tranquilizó un poco a René. Las vibraciones de aquella voz le parecieron una brisa: apartaron su mirada interior de sus propios temores y la llevaron hacia una amplitud que se extendía más allá del horizonte.

Pocos segundos antes habría querido arrojarle por la ventana sólo para llegar allí donde imaginaba que estaba Feeny. Pero ahora empezó a apoderarse de él una calma interior, acompañada por una esperanza tenue, aunque todavía detenida justo antes de convertirse en confianza.

Luchaba.

Y no quería luchar menos que Feeny, de quien sabía que estaba librando todas las luchas del mundo. No sólo por sí misma, sino también por él, por los niños, por los amigos.

La enfermera lo miró fijamente a los ojos, quizá porque intuía lo que estaba sucediendo en el hombre que tenía delante.

René le dio las gracias. Sí, dijo, a veces era difícil. Había momentos en que ya no sabía dónde estaba arriba ni dónde abajo.

La enfermera se levantó, abandonó el refugio seguro de su puesto, salió al pasillo y abrazó a René. Después lo acompañó hasta la sala común, donde Anika lo esperaba con los ojos clavados en él, alarmada.

—Por favor, tiene que tranquilizar un poco a su amigo. Pero ninguno de los dos tiene por qué preocuparse. Los médicos me han dado a entender que la paciente está mejorando. Ahora mismo le están haciendo las pruebas previas al alta, porque el profesor Choukri comentó, antes de marcharse, que quizá pudiéramos prepararla para que al menos pasara el fin de semana fuera del hospital con su mujer. Pero el médico de planta les explicará los detalles en cuanto terminen las pruebas y vuelva a la planta.

René se dejó caer en el sofá junto a Anika.

Cuánto habría deseado poseer la confianza y la firmeza que percibía en ella.

Anika se había asustado al ver la expresión de René, pero se recuperó con bastante rapidez después de escuchar las tranquilizadoras palabras de la enfermera, que no le parecieron un mero consuelo.

Al mismo tiempo comprendió hasta qué punto René tenía los nervios destrozados.

Él seguía más escéptico, casi temeroso. Recordaba demasiados momentos en los que había recobrado la esperanza para volver a perderla; luego había esperado de nuevo, sólo para caer en el mismo agujero, que cada vez parecía más profundo. Para protegerse, reaccionaba con cautela ante las buenas noticias.

Aunque tampoco quería cerrarse a ellas.

Mientras buscaba apoyo en los ojos de Anika, se abrió la puerta de la sala común. Entró el médico de guardia, miró alrededor para comprobar si había otras personas y preguntó a René:

—Señor Weingarten, ¿puedo hablar de su mujer en presencia de su conocida?

René asintió.

—La situación de su mujer ha dado un giro favorable durante la noche. Literalmente, de la noche a la mañana. Cuando ingresó tuvimos que diagnosticarle una sepsis grave y, siguiendo las indicaciones del profesor Choukri, le administramos la dosis máxima del antibiótico de amplio espectro. Parece que su organismo ha conseguido recuperarse. Los órganos vuelven a funcionar, los valores sanguíneos han regresado de forma drástica a parámetros normales y todo indica que su mujer está mejorando. Incluso calculamos que podremos darle el alta para el fin de semana, naturalmente siempre que esta evolución positiva continúe y su estado siga estabilizándose.

René miró a Anika porque no se atrevía a creer que hubiera entendido correctamente lo que acababa de oír.

En los labios de Anika, alrededor de las comisuras de su boca, había una sonrisa confiada, incluso feliz. Sus pupilas se dirigieron hacia René.

Antes de abandonar la sala, el médico añadió:

—Tendrán que tener todavía un poco de paciencia. Su mujer sigue haciéndose algunas pruebas: ahora una ecografía, después queremos repetir una resonancia magnética y volver a comprobar los valores sanguíneos. Pero, por lo que me han dicho mis colegas,

regresará a su habitación dentro de una hora. Y si todo sale como esperamos, el profesor Choukri ha recomendado que le demos el alta durante el fin de semana. Ha pedido que no vuelvan todavía al Reino Unido, sino que permanezcan en Berlín, por precaución y porque su mujer deberá volver a ingresar uno o dos días la semana que viene para una revisión, preferiblemente del lunes al martes. Pero mientras tanto... ¿por qué no invita a su conocida a tomar un café en nuestra cafetería? La llamaré al móvil en cuanto su mujer haya regresado.

Como si despertara de una pesadilla, René abrió mucho los ojos.

Sí. Qué buena idea, pensó.

—Qué buena idea —le dijo a Anika—. ¿Te apetece un café? ¿Quizá algo dulce?

—Con mucho gusto. Quizá incluso una copita de cava —respondió ella, aunque todavía no era ni mediodía.

Se levantó, tomó el abrigo y se agarró del brazo de René.

La cafetería de oncología ginecológica no era precisamente acogedora. Se parecía más al comedor de una gran empresa: funcional, con pantallas en las que pasaban publicidad sin descanso y una larga vitrina ante la que uno iba escogiendo comida y bebida para pagarlo todo, al final, ante una cajera.

Pero era una cafetería.

No una habitación de hospital.

Y estaba inundada de luz.

A través de los grandes ventanales se veía un patio interior poblado de pequeños árboles y plantas de toda clase. Los pasillos hospitalarios del otro lado apenas se distinguían. En las distintas mesas había médicos, personal de enfermería, pacientes y visitantes. También obreros ocupados en alguna reforma, técnicos y operarios.

Apenas Anika y René se habían sentado a la mesa con sus bandejas cuando sonó el móvil de Anika.

Era Bruno. Quería saber cómo estaba.

Pero la conversación parecía girar también en torno a otra cosa.

Anika se levantó, se apartó de la mesa y desapareció por uno de los pasillos del hospital.

—¿Ésa fue la recomendación de tu abogado? ¿Aunque tú misma no creas tener ninguna culpa en las acusaciones que te hacen?

Anika parecía fuera de sí.

—Hablemos esta noche. Todavía estoy en la clínica y no puedo hablar aquí, desprotegida en medio del pasillo, con gente pasando a mi lado.

Bruno pareció estar de acuerdo.

Anika colgó.

Cuando regresó a la mesa, René percibió que había ocurrido algo.

—¿Quieres contarme qué ha pasado?

—Bah, es lo de Bruno. Durante estos últimos días no habíamos tenido fuerzas, y tampoco nos parecía el momento adecuado para hablar de nuestros problemas, estando tú, los niños y todos nosotros tan preocupados por Feeny. Tampoco ahora he podido hablar tranquilamente con Bruno. No te preocupes. Ya hablaremos de ello cuando Feeny haya salido de peligro.

René se lo agradeció, y Anika sabía que él habría querido escucharla y hacer suyos sus problemas.

Pero también sabía lo tensos que estaban los nervios de René después de las últimas horas y días. Habría sido inhumano hablar ahora de cosas que, comparadas con el drama de Feeny, quizá no fueran insignificantes, pero ni remotamente tenían la misma importancia.

—Te prometo que pediremos consejo a Feeny y a ti. Pero ahora concentrémonos en Feeny. Le he dicho a Bruno que lo llamaré esta noche, cuando estemos en el hotel y tenga un poco más de tranquilidad que aquí, en un pasillo del hospital.

René comprendió.

Levantó la vista del café que había colocado sobre la mesa delante de Anika y de sí mismo.

Y no podía creer lo que veía.

El profesor Choukri estaba de pie junto a su mesa.

—Disculpen. No quería interrumpir su café.

—¿No estaba usted ya camino de Londres?

—Debería estarlo, sí. Pero volvieron a llamarme al quirófano y mi secretaria ha podido cambiarme el vuelo. Ahora tengo que esperar unos minutos porque todavía debo firmar unos documentos antes de marcharme. Los he visto al pasar del quirófano a mi despacho y sólo quería decirles una cosa: he visto los resultados de las pruebas de esta mañana. Fenomenales. Su mujer sabe lo que quiere. Y quiere salir de la clínica. Y puede hacerlo. Estamos preparándolo todo; mañana por la mañana podrán venir a recogerla. La observaremos esta noche, pero confío en que puedan pasar juntos el fin de semana. Eso sí, les recomiendo que vuelvan a traerla el lunes. Quiero verla una vez más y comprobar sus valores antes de autorizar su regreso al Reino Unido.

René no podía creer lo que oía.

Era como un regalo de Navidad atrasado y un conejo de Pascua adelantado.

—¿Y usted qué hace aquí? —le preguntó a Anika.

—Soy una buena conocida y amiga de la señora Weingarten —respondió Anika.

—¿De qué se conocen? —preguntó el profesor Choukri.

—Soy clienta de la señora Weingarten desde hace algunos años.

—¿Moda? ¿Comercio?

—No exactamente. Pero podemos hablar de ello en otra ocasión.

El profesor Choukri puso cara de saber algo, aunque no demasiado; mostró curiosidad, pero también paciencia.

—¿Y usted a qué se dedica?

—Soy historiadora del arte.

—¿En qué trabaja?

—Actualmente investigo a mujeres artistas exiliadas que fueron perseguidas durante el llamado Tercer Reich e intentaron ponerse a salvo de los nazis, sobre todo por la vía inglesa.

—Un tema fascinante. ¿Estaría dispuesta a dar una conferencia sobre su campo de investigación en nuestro Círculo de Medicina y Arte? Estoy seguro de que despertaría muchísimo interés. Mire, medicina y arte, la lucha contra los totalitarismos, la sensibilidad hacia aquello que une las culturas: todo eso no sólo lo necesitamos quienes trabajamos en

medicina; también lo necesita el futuro de personas de las más diversas orientaciones. La importancia de cruzar esas fronteras la experimento a diario: con las pacientes, con el personal y, a escala internacional, con colegas de todo el mundo.

—Con mucho gusto. Aunque no sé cuánto podría aportar a su Círculo, desde luego no me cierro a dar una conferencia. Al contrario, ya estoy pensando qué podría contarles.

—Bien. Me pondré en contacto con usted. Señor Weingarten, ¿podría facilitarme su correo electrónico?

René se lo aseguró.

El profesor Choukri abandonó la mesa con una sonrisa amable. Pero después se volvió una vez más.

—Busquen también al médico de planta. Él les explicará los detalles.

Y subió las escaleras hacia su despacho.

—Guau —dijo Anika—. ¡Qué personalidad! ¡Y qué pasión por su profesión!

—A veces también se queda un poco sin aliento, y otras se frustra. Pero siempre es directo, abierto y, cuando percibe que algo es importante, tiene todo el tiempo del mundo y un oído capaz de escuchar crecer la hierba.

—¿Quieres comer algo? —preguntó René.

Anika negó con la cabeza.

—Ahora mismo me basta con haber recibido esas buenas noticias, de primera mano y de una voz autorizada.

—Entonces vayamos a ver al médico de planta. Si quieres, juntos.

—Claro.

El médico se tomó tiempo para ellos. Los guio a través de los distintos formularios, les explicó los riesgos y les dio su número de teléfono personal. Si algo cambiaba, sobre todo si Feeny volvía a tener fiebre, aunque sólo fuera ligera, René debía llamarlo inmediatamente.

René y Anika comprendieron.

Era un alta a prueba.

También porque, según les explicaron, apenas existían experiencias comparables para un caso tan complejo como el de Feeny. Hay tan pocas supervivientes de larga duración del cáncer de ovario que cada paciente constituye un caso individual para el que existen pocas rutinas, cuando no ninguna.

De ahí el valor.

El riesgo.

Y la cautela.

El médico se despidió cordialmente:

—Si tienen alguna pregunta, pueden localizarme en el número que les he dado.

René se arrojó a los brazos de Anika. Sintió que las lágrimas le subían a los ojos.

Lágrimas de dolor y de alegría.

—Venga, vamos. ¡Tenéis algo que celebrar!

René abrazó a Anika y recorrió los pocos pasos que lo separaban de la habitación de Feeny.

Inmediatamente advirtió que el cartel de **SEPSIS** había desaparecido de la puerta.

Liberado de la obligación de envolverse otra vez en aquella indumentaria azul, llamó y entró.

Apenas podía creer lo que veía.

Feeny estaba sentada erguida en la cama, con un libro en las manos. Salvo por una pequeña vía venosa, se había librado de todos los tubos y demás apéndices.

Miró alegremente a René.

—Vaya, te has quedado de piedra, ¿eh?

—También me das motivos —respondió él, bromeando.

Se acercó y se besaron largamente.

—¿A ti también te resultó tan difícil saberte tan cerca de mí sin que pudiéramos tocarnos? —preguntó Feeny.

René la besó por segunda vez, confirmando así hasta qué punto ella acababa de expresar exactamente lo que él sentía.

Pero, bajo aquella alegría, una pregunta oscura cruzó su pensamiento:

¿Cómo sería cuando estuviera junto a su cama y ella ya no respondiera en absoluto, cuando simplemente permaneciera allí, inmóvil y en silencio?

Feeny debió de percibir sus pensamientos sombríos.

—No te preocupes. Parece que lo he conseguido una vez más. Todavía no me voy. Y aunque esa distancia impuesta también me resultó terrible, hemos vuelto a encontrarnos.

—Es verdad —dijo René, más para sí mismo que para Feeny—. Perdóname si a veces necesito algo más de tiempo para asimilar estos giros.

Feeny lo acarició con ternura.

—Para mí lo más importante es que estés aquí, aunque me duela cuando no podemos acercarnos del todo. Pero eres un apoyo increíblemente importante. Entonces sé por qué lucho, y creo que mi cuerpo no lo habría conseguido sin ti, sin los niños.

—Y sin Anika, que está esperando fuera y ha venido expresamente a Berlín para darte su fuerza.

—Sí. Sin Anika y Bruno.

—Los niños también vienen de camino. Ayer todavía el profesor Choukri pensaba que sería mejor que vinieran.

—¿Tan mal estaba?

—Creo que los médicos volvieron a estar muy preocupados por ti.

—Ay, Dios —dijo Feeny, algo apocada—. Cuando estoy mal, ni siquiera tengo ocasión de pensar en mi estado. Apenas alcanzo a ver, oír y saborear lo más indispensable, y no puedo mirar más allá del instante.

Se detuvo un momento.

—Y perdóname también. Tendría que haberte hecho caso mucho antes y haber venido a la clínica. Pero entiéndeme: sentía tal rechazo por todo lo que tuviera que ver con hospitales... No quería volver a una cama desde la que sólo pudiera experimentarme como paciente.

—Precisamente por eso tampoco quería presionarte. Pero me alegro de que al final fueras tú misma quien decidiera venir.

—¿Crees que podrán darme el alta para el fin de semana, como me ha insinuado el médico?

—Sí. Acabamos de hablar con el profesor Choukri y después con el médico de planta. Ya sabes que soy prudente, pero ambos confían en que, al menos durante el fin de semana, podrás salir. Tenemos que quedarnos todavía en Berlín y el lunes y el martes tendrás que volver para las últimas pruebas.

—Está bien —dijo Feeny, contenta, aunque también algo decepcionada de que su estancia en la clínica fuera a prolongarse hasta la semana siguiente.

—Ahora que los niños llegan hoy a Berlín, voy a intentar encontrarnos un apartamento agradable aquí, no demasiado lejos de la clínica, para pasar el fin de semana.

—Tú sabrás hacerlo bien.

René salió de la habitación, buscó a Anika y le dijo que iba a ponerse inmediatamente a buscar un apartamento por internet. Le preguntó si quería entrar a ver a Feeny.

Anika se levantó de un salto, le dio las gracias y le deseó suerte en la búsqueda.

Mientras Anika desaparecía en la habitación de Feeny, René se puso con el móvil. Vio que los niños le habían enviado un WhatsApp: estaban ya de camino desde el aeropuerto a la clínica. René respondió que de momento no tenían por qué preocuparse, pues acababa de enterarse de que mamá podría pasar el fin de semana con ellos en un apartamento, fuera de la clínica.

Alina soltó un chillido de alegría al teléfono. Jan reaccionó con mayor frialdad, aunque no estaba menos contento que su hermana. En ese aspecto había heredado la constitución de René: no exponerse a una decepción mayor entregándose demasiado pronto a la esperanza. Alina seguía más bien los pasos de Feeny y era capaz de entusiasmarse con cada pequeño avance.

Pero los dos estaban evidentemente tan electrizados que el teléfono de René, que normalmente llevaba en modo vibración, volvió a anunciarse. La voz de Alina sonó fuera de sí. Apenas podía creer que estuvieran camino de la clínica y ahora les dijeran que al día siguiente podrían llevarse a mamá de allí.

Jan tomó el teléfono.

—Dad, ¿ya has encontrado un apartamento?

—Claro que todavía no.

—Pero ¿sabéis qué? Aprovechad estos minutos mientras vais en autobús desde la estación del S-Bahn hasta la clínica y buscad algunos apartamentos que os gusten.

—Lo hacemos —dijo Jan.

Al fondo, René oyó la alegría de Alina.

Alina y Jan ya estaban en el transporte público y entretanto habían subido al autobús que los llevaba hacia el complejo hospitalario universitario. Los dos buscaban el alojamiento de sus sueños. Alina en Airbnb, Jan en Booking.com. Ella prefería apartamentos algo extravagantes, muy personales, con estilo o, al menos, con algún detalle especial. Para Jan era importante que sirvieran un buen desayuno o que, por lo menos, hubiera una panadería y una carnicería cerca. Ambos querían que hubiera también instalaciones de bienestar, sauna o posibilidades para hacer deporte.

No tardaron en llegar los primeros enlaces al WhatsApp de René.

Cuando René entró en la habitación de Feeny, encontró a Anika masajeándole los músculos de la espalda siguiendo las instrucciones de la propia Feeny, que estaba tumbada boca abajo. Apenas unos días antes habría sido absolutamente imposible que Feeny se tendiera sobre el vientre: tanto le dolía el bajo abdomen. Ahora, en cambio, dejaba escapar sonidos de placer mientras Anika recorría con los dedos la musculatura de su espalda, como si hubiera aprendido de Feeny cómo hacer feliz a otra persona.

Con una sonrisa de alivio, René se sentó en una de las sillas libres. Aunque habían retirado el cartel de advertencia, todavía no habían ingresado a otra paciente en la habitación doble.

—Anika, ¿puedo invitarte a quedarte también con nosotros este fin de semana? ¿Qué dices, Feeny?

—Sería un regalo enorme. Por un lado, podrías conocer mejor a los niños. Y además podrías ocuparte un poco de la familia si entretanto me canso y todavía no consigo seguir el ritmo de la vida normal.

—Naturalmente, no quiero entrometerme —dijo Anika—. Y supongo que Bruno tampoco estaría descontento si regresara.

—Qué bonito que no quieras dejar solo a Bruno.

—No, no, no me entiendas mal —respondió Anika—. Al contrario. Bruno me apoyó por completo cuando le dije que vendría a Berlín a verte. Y añadió: «Quédate todo el tiempo que quieras».

—Bien, entonces, si no me vengo abajo, seamos una gran familia este fin de semana —dijo Feeny.

René no podía creer ni lo que oía ni lo que veía. La voz de Feeny, su expresión, aquella determinación: parecía haberse recuperado a sí misma y comportarse como si nada hubiera ocurrido.

—¿Os apetece que juguemos a las cartas?

Anika miró a René y René a Anika. Los dos seguían algo incrédulos.

Pero Feeny ya estaba estirándose hacia el mando de la cama. Bajó el colchón, se incorporó con cierta torpeza, se sujetó la bata del hospital sobre el trasero y salió de la cama para calzarse las zapatillas. Caminó, aunque todavía algo vacilante, hasta la pequeña mesa situada junto a la ventana. Con visible esfuerzo se sentó en la silla, procurando colocar la bata abierta por detrás de manera que no quedara medio desnuda.

—En el primer cajón del armario está mi bolsa de trabajo. En el compartimento delantero encontrarás la baraja de Skat —ordenó a René.

René fue hasta el armario mientras Anika se sentaba junto a Feeny a la mesita.

—Menos mal que todos sabéis jugar al Skat —dijo Feeny—. No hay nada peor que estar tumbada en la cama sin hacer nada y ser incapaz de concentrarme en algún pensamiento que me ayude a pasar el tiempo. El tiempo puede ser lo más torturante de la vida, del mismo modo que puede ser la vida misma. Y lo más hermoso es tener cerca a las personas que amo y poder hacer algo juntos.

René encontró las cartas y las llevó a la mesa. Feeny se las quitó de las manos y las barajó con tal destreza que parecía haber trabajado durante años en un casino. Después repartió profesionalmente.

—Con las cartas hay también un pequeño bloc y un bolígrafo. ¿Puedes traérmelos, Anika?

—Gracias —dijo Feeny—. Mi padre siempre decía: «Quien escribe, permanece».

—Entonces escribes tú —dijo René.

Feeny tomó el bloc y el bolígrafo y escribió los tres nombres.

—¿Jugamos por puntos o por dinero? Propongo jugar por pérdidas: lo que perdamos lo metemos en un fondo y pronto nos lo gastamos juntos en alguna locura.

Señaló con el índice el estuche de un perfume que estaba junto al lavabo, con una amapola roja grabada.

—Está vacío. Podemos utilizarlo.

Anika se levantó de un salto y trajo la cajita.

—René, ¿puedes traerme también unas monedas de mi monedero? Está en el segundo cajón de la mesilla blanca junto a la cama.

Poco a poco estuvo todo preparado y se entregaron al juego.

René casi había olvidado que estaban en una habitación de hospital.

Los tres estaban tan absortos en la primera partida, en la segunda y en las siguientes que no oyeron los suaves golpes en la puerta.

Cuando ésta se abrió, Alina y Jan estaban allí.

Habían coordinado su llegada a Berlín de manera que Alina esperara a Jan en la estación, pues querían llegar juntos a la clínica. Entretanto también se habían puesto de acuerdo sobre un alojamiento y querían enseñárselo en el móvil a Mamutschka y a Dad para que lo reservaran.

Y allí estaban.

Veían a Feeny gesticulando ruidosamente, luchando y dirigiendo la partida de Skat, cuando ellos se habían preparado para una lucha completamente distinta.

Cuando Feeny se dio cuenta de que habían llegado sus hijos, se levantó y avanzó hacia ellos con los brazos abiertos. Abrazó a Alina mientras las lágrimas empezaban a correrle por las mejillas.

Jan permaneció un instante a su lado, esperó, puso una mano sobre la espalda de Feeny y, cuando ella se volvió hacia él, ambos se abrazaron.

Una calidez atravesó los cuerpos de los dos.

Jan sintió a su Mamutschka muy cerca, llena de vida. El intercambio de miradas lo alcanzó tan profundamente que también él dejó atrás sus reservas.

Alina ya se había acercado a la mesa, se había presentado a Anika y había abrazado a Dad.

—Habéis llegado rapidísimo —dijo René.

—Rápido, encantada y mucho más feliz que cuando salí —replicó Alina con viveza.

René le dio un pequeño empujón.

—Tú sí que eres tremenda. Nosotros estamos igual de sorprendidos y tan felices como tú.

Jan y Feeny llegaron a la mesa del brazo.

—Dejemos las cartas —dijo Feeny— y hablemos un poco. ¿Qué tal el colegio? ¿Y qué tal el viaje de los dos?

Los niños contaron lo que habían vivido durante los últimos días. Dijeron que al principio se habían preocupado muchísimo cuando llamó Dad, pero que tanto los responsables de sus colegios como los amigos con quienes habían hecho planes para el fin de semana habían comprendido que quisieran viajar a Berlín.

En el caso de Alina había sido aún más complicado, porque estaba previsto que ofreciera un concierto de piano durante la jornada de puertas abiertas de su internado para los padres de posibles futuros alumnos, y ahora había tenido que pedir a una compañera que la sustituyera. La responsable del área de música la había apoyado inmediatamente y había conseguido que la dirección le concediera permiso para ausentarse aquel fin de semana.

Jan también había tenido que cambiar sus planes, aunque en su caso resultaba menos problemático, pues de todos modos había pensado pasar el fin de semana fuera del internado con unos amigos.

Feeny estaba rebosante de felicidad al escuchar a sus hijos hablar de sus vidas. Volvía a sentirse incluida, parte de la familia, algo que había echado de menos durante los últimos días y semanas.

Tenía la impresión de que su enfermedad no sólo la paralizaba, ensombrecía y borraba a ella misma. Saltaba también a quienes la rodeaban, enturbiaba la forma en que la percibían y la aislaba en la misma medida en que intentaban ser considerados con ella.

Sepsis.

Aquello no era más que otra palabra para describir el estado en el que llevaba días, semanas, meses y ya años.

Cuando volvió a abrirse la puerta, una empleada del hospital hizo entrar el carro de varios pisos con la comida. Sin decirlo, aquello parecía anunciar el final de las visitas y el comienzo de la noche en el hospital.

—Es hora de cenar. Y, para ser sincera, nuestra partida de Skat me ha cansado un poco. Pero muchísimas gracias por haber pasado este rato conmigo. Y perdonad si todavía os aburro un poco porque aún no estoy del todo en forma.

—¿Qué? ¿Que no estás en forma? —dijo Anika—. Estoy asombrada de lo bien que estás.

Los niños asintieron. Apenas podían creer lo que estaban viendo, pues habían venido preparados para una situación completamente distinta.

—Yo también lo creo —dijo René—. Y ahora, una buena noche de descanso, para que sigas mejorando. Mañana por la mañana podemos coordinarnos por WhatsApp y ver cuándo y cómo seguimos.

—Exactamente.

Feeny se esforzó por regalarle una mirada cálida.

René la besó, los niños la abrazaron con cuidado y Anika volvió a acariciarle la espalda y le susurró al oído:

—Estoy tan feliz de haber podido vivir contigo este día. Gracias.

Los abrazos de despedida parecían deseos de Año Nuevo.

Como si hubiera sonado la hora de un tiempo nuevo.

Feeny parecía feliz, aunque algo agotada por tantas visitas, tantas conversaciones y por aquel giro favorable que había experimentado durante las últimas horas y que los médicos habían confirmado.

De regreso en el hotel, René se ocupó de recoger las llaves de la habitación de los niños. Ellos pidieron dos pizzas para comerlas allí mientras veían una película en la televisión, naturalmente sin adultos.

René se despidió y les dio las gracias por haber venido inmediatamente desde tan lejos.

—Claro, Dad —dijo Jan—. Queríamos estar aquí si hacía falta.

—Menos mal que al final parece que no hacía tanta falta.

—Mejor así que al revés —respondió Jan.

Alina seguía pensando en Mum.

—¿Por qué tiene que estar sola ahora?

—Los médicos quieren observarla un poco más esta noche —explicó René.

—Además necesita descansar —añadió Anika—. Hoy hemos sido ya una tropa bastante grande, ¿sabes? Eso consume fuerzas, y tu Mum todavía tiene que cuidarse un poco. Pero si sigue mejorando, quizá pueda pasar el fin de semana con vosotros y con nosotros.

Alina miró a Anika todavía con cierto escepticismo. Apenas la conocía. Pero tenía la impresión de que Mum tenía una amiga realmente agradable, alguien a quien quería mucho.

Jan buscaba ya en el móvil qué película podían ver aquella noche. También quería retirarse con Alina y dejarles la velada a Dad y a la amiga de Mamutschka. Imaginaba que los dos todavía tendrían mucho que contarse sobre lo vivido durante el día.

Y tampoco era tan frecuente que pudiera comerse su pizza favorita en la cama sin tocar su paga.

Qué bien.

Y qué barato.

Una pizza de verdad en lugar de la comida del internado, y encima servida en la habitación.

Alina, en cambio, habría seguido hablando con Anika. Quería averiguar qué clase de amiga se había buscado Mum, una amiga a la que permitía visitarla incluso en el hospital. Sabía por su madre que durante los últimos meses se había vuelto muy selectiva con las amistades.

Mum le había explicado que en realidad le gustaba estar con amigas y amigos, pero que en aquel momento no tenía fuerzas para las amistades. Una amistad, le había dicho, no se podía tener sólo para recibir algo de ella; también había que invertir algo de uno mismo. Y para eso no tenía paciencia suficiente, muchas veces tampoco el ánimo adecuado y, sobre todo, estaba demasiado cansada.

Alina comprendía a Mum.

Y precisamente por eso le sorprendía verla aquel día tan animada.

Tenía que ser por Anika, pensó.

Jan la apremió.

—Venga, vamos a nuestra habitación. Ya he pedido las pizzas por la app y no tardarán en llegar. Para entonces quiero estar ya en la cama.

—Tienes razón —cedió Alina, aunque seguía sintiendo curiosidad por todo lo que Anika habría podido contarle.

Los dos desaparecieron escaleras arriba.

Anika se sentó en la barra.

René ocupó el taburete de al lado.

Se miraron a los ojos y René se atrevió a apoyar la cabeza sobre el hombro de Anika.

Calló.

Ella también.

Con enorme discreción y delicadeza, la camarera se acercó a aquella pareja algo insólita.

—¿Puedo ofrecerles algo?

Ninguno de los dos respondió.

Anika levantó los ojos para indicar que la había oído y que respondería en cuanto pudiera. Pero evitó hasta el más leve movimiento para no hacer sentir a René que no estaba enteramente con él, que no podía abandonarse por completo sobre ella, refugiarse en ella.

Sentía su respiración pesada.

El peso de los últimos días.

¿Tenía las mejillas húmedas por el calor del hotel y por la piel de René? ¿O se mezclaban allí su propio sudor y las lágrimas de él?

Anika le rodeó los hombros con un brazo y lo estrechó suavemente.

¿Cuánto puede soportar una pareja?

¿Cuánto puede atravesar junto al otro?

¿Cuánta fuerza queda después de meses, de años, después de días como los de aquella semana?

Ella se sentía una intrusa, alguien a quien el destino de Feeny tocaba, afectándola por dentro y en el cuerpo, pero que también tenía días y semanas en los que no estaba expuesta de manera tan inmediata al drama como René.

Y, sin embargo, Feeny estaba ante sus ojos todos los días.

A menudo Anika despertaba de noche, soñaba con ella, las lágrimas le corrían por las mejillas y apenas conseguía volver a dormir. Incluso cuando Bruno yacía a su lado, aquello apenas lograba tranquilizarla en los momentos en que Feeny se le aparecía como un monstruo.

También ahora flotaba ante ella.

La veía arrastrarse hasta la cama, pasar junto al carro de la comida, buscar insegura el borde del colchón, izarse con todas sus fuerzas, respirando pesadamente, girar hacia la izquierda y quedar tendida boca arriba, con las piernas encogidas porque estirarlas le causaría dolor.

Las imágenes del día atravesaban sus pensamientos: la mañana oscura; el lento paso del gris a los primeros ruidos del pasillo; la agitación creciente de la planta; ella todavía aislada de todos y de todo, interrumpida únicamente por la enfermera del turno de noche, que por enésima vez le tomaba la tensión con una mirada sonriente, aunque agotada y algo forzada, pero que aun así le acariciaba el brazo y le preguntaba cómo había pasado la noche.

Sí, bien.

Más o menos bien.

Para ambas, más o menos bien, había tenido la impresión.

No recordaba cuánto tiempo había transcurrido entre la enfermera nocturna y la del turno de mañana. Las imágenes cambiaban demasiado deprisa, aunque casi siempre las sintiera como a cámara lenta. Una se marchaba, la siguiente se hacía esperar, y entre ambas no parecía haber transición alguna.

Sólo noche.

La enfermera de la mañana estaba más ocupada con sus cifras y sus listas que la del turno nocturno. Pero también ella levantó los ojos después de anotar los últimos números en unas columnas, dejó aquel paquete de cifras sobre la mesilla de la cama, tomó la mano de Feeny y la miró a los ojos.

Evidentemente no para recoger más datos.

Sino porque quería mirar a través de sus ojos hasta su interior.

Porque sentía con ella de persona a persona, de mujer a mujer.

Y también quería sufrir con ella.

—Me alegro mucho por usted —comenzó—. Hoy podrá irse a casa, al menos durante el fin de semana. Aunque me alegro, quería decirle también que mañana la echaré de menos. Cuando empiezo mi turno de mañana, me gusta entrar primero en su habitación. Es usted una de esas pacientes que me animan, que me dan fuerzas para entrar después en las demás habitaciones, donde tantas veces tengo que dar de mí misma y no pocas veces salgo agotada al cerrar la puerta. Con usted siento algo distinto. Aquí siento que soy yo quien recibe fuerzas de usted. Quizá suene simple, ingenuo, incluso absurdo, porque naturalmente conozco sus datos y su situación. Así que no me lo tome a mal si hablo tanto de mí.

Feeny la miró desconcertada, sorprendida.

Después con gratitud.

Y, al instante siguiente, con una mirada casi profesional.

—Acérquese un poco. Quiero devolverle el cumplido. No porque tenga que devolvérselo, sino porque quiero decirle cuánto agradezco poder estar aquí y no encontrarme únicamente entre máquinas que me vigilan, sino encontrarme con personas como usted y como su compañera, que hace unos minutos se despidió de mí con tanta ternura después de una noche larguísima. Y entonces abre usted la puerta y me regala un pedazo del tiempo de su vida. Y eso a pesar de que durante estos últimos días tenía la sensación de no poder dar a nadie, tampoco a usted, ni siquiera al comenzar su jornada, una sola onza de energía. Me sentía tan agotada, tan vacía, que ni siquiera tenía fuerzas para mí misma, para mi propio comienzo. Y entonces aparece usted y me ilumina con su sonrisa después de haber puesto en orden cuidadosamente todas sus cifras, mientras todavía la esperan no sé cuántas habitaciones y pacientes, llaman los médicos, los celadores están ya esperando para llevarse a sus pacientes, y tantas cosas más. Apenas puedo expresar lo miserable que me hace sentir que no sólo padezca yo cáncer, sino que mi enfermedad se desborde también sobre quienes se esfuerzan por cuidarme.

—Pero para eso estamos, señora Weingarten. Precisamente por eso elegí esta profesión. Ya de joven. Mi madre tuvo cáncer de ovario. No pudo vivir muchos años con la enfermedad.

—Lo sé. No tengo derecho a quejarme.

—No se lo he contado por eso. Al contrario. Quería decirle que ya durante los pocos meses en que pude acompañarla comprendí el trabajo increíblemente importante que hace el personal de enfermería en un hospital. Cuando ni mi hermana ni yo podíamos visitar a mi madre, siempre sentía que estaba en las mejores manos. Ella agradecía tener aquellas manos y aquellas miradas que la ayudaban cuando sentía que ya no podía más. Fue entonces, siendo todavía estudiante de bachillerato, cuando empezó a crecer en mí la decisión de estudiar Medicina. Si finalmente no lo hice fue porque me sentaba junto a la cama de mi madre en lugar de preparar los exámenes finales. Mi nota media acabó siendo una que me habría obligado a esperar mucho tiempo para poder estudiar Medicina. Y una noche, como una revelación, comprendí que mi verdadero deseo era precisamente la atención junto a la cama del enfermo, y que quería acompañar a mujeres como mi madre en ese camino a través del cáncer de ovario. También como agradecimiento por mi propia madre. Y ahora, después de tantos años, sé que tomé la decisión correcta. Me llena por completo.

Feeny se había incorporado mientras la enfermera hablaba. Le tomó la mano, acarició el dorso y, mirándola a los ojos, dejó que las lágrimas le corrieran por las mejillas.

—Gracias también por esa maravillosa noticia de que podré salir de la clínica este fin de semana.

—Sí. Ya estoy preparando los documentos y haré que los firme el médico de planta. Después usted y su familiar podrán recoger aquí los papeles del alta.

—Sí, me gustaría un prosecco. Y tráiganos dos directamente —dijo Anika a la camarera.

Se volvió hacia René.

—Como si me hubieras leído el deseo en los labios —dijo él—. Porque si Feeny hubiera podido pedirnos que hiciéramos algo esta noche, nos habría invitado a un prosecco.

A la mañana siguiente, René despertó con el pitido de su móvil.

Feeny había escrito que el médico de planta había firmado el alta para el fin de semana y que podía salir del hospital.

René reenvió el WhatsApp a Anika y a los niños y propuso que renunciaran de momento al desayuno, fueran primero a buscar a Feeny y desayunaran después todos juntos.

Sospechaba que era algo optimista: entre la autorización del médico y los papeles definitivos del alta seguramente pasaría un buen rato. Pero el mensaje de Feeny lo había llenado de tal impaciencia que ya no podía esperar para abrazarla y sacarla de la clínica.

La reacción de los niños y de Anika no fue menos entusiasta.

Pocos minutos después estaban todos reunidos en el pasillo, junto a la salida del hotel.

René ya había pedido un Uber, que los esperaba delante de la entrada. Como no había hoteles en las inmediaciones de la clínica, tardaron unos minutos en llegar.

A aquella hora, por suerte, todavía no se había formado cola en la garita de entrada, y René consiguió convencer rápidamente al portero, visiblemente falto de sueño, de que aquel nutrido séquito familiar sólo había venido para recoger a su mujer.

El portero ni siquiera se molestó en rellenar papeles ni en llamar a la planta. Tampoco habían llegado todavía los demás miembros del personal de seguridad que normalmente comprobaban las entradas.

Así que superaron sin dificultad el primer obstáculo y se dirigieron al ala de oncología ginecológica.

Subieron en un ascensor en el que habría cabido un equipo entero de fútbol; al fin y al cabo, estaba diseñado para transportar al menos dos camas hospitalarias.

Cuando llegaron a la planta, Feeny ya los esperaba delante de la puerta de cristal.

Vestida para salir.

Con su maleta de ruedas en la mano.

René apenas podía creer que no sólo llevara el informe médico, sino también los papeles del alta.

Feeny los agitó orgullosa en el aire, abrazó a los niños, a Anika y a René y exclamó:

—¡Vamos, vámonos! ¿Habéis desayunado ya?

—Claro que no. Hemos venido directamente a buscarte —mintió Anika con descaro.

Jan intervino:

—¡Tengo un hambre terrible!

—Pues entonces salgamos de aquí y busquemos un café bonito donde podáis recuperar fuerzas —dijo Feeny.

Alina se apresuró a intervenir:

—Yo ya he buscado por el camino un café ecológico. Tienen bowls. Te va a encantar —le dijo a Feeny.

Feeny la estrechó contra sí, la tomó de la mano y René pidió otro Uber para que los llevara al café.

—No me lo puedo creer —dijo Feeny—. Ayer por la noche, después de que os marcharais, tenía la sensación de que iba a venirme completamente abajo y de que me había vuelto la fiebre. Pero la enfermera de noche me tomó varias veces la temperatura y la tensión, y después el médico de planta volvió a confirmarme, cuando pasó por la habitación, que seguía mejorando.

—Después de todo lo que has vivido estas últimas semanas, no me extraña —dijo René.

—Estoy tan contento de que estés mejor —dijo Jan.

En el café, la carta fue pasando de mano en mano, y Alina se mostró orgullosa cuando vio los *superfood bowls*.

—¿Podemos compartir uno? —preguntó a Feeny.

—Por supuesto. Y si después seguimos teniendo hambre, pedimos algo dulce.

—Qué buena idea —dijo Anika y, volviéndose hacia Jan, preguntó—: ¿Compartirías tú también uno conmigo?

Jan se mostró algo cohibido, pero René intervino:

—Claro. Y luego, si Jan se queda con hambre, puedo tomar con él algo más contundente.

Jan quedó satisfecho, porque así podía pedir unas salchichas blancas con un gran *Brezel* con mantequilla y confiaba en compartir después con su padre la mitad de algún otro plato.

—¿Qué habéis pensado hacer el resto del día? —preguntó Feeny.

—Queríamos ver cómo te encontrabas y decidirlo en función de eso. Pero primero habíamos pensado ir al hotel para que puedas dejar tus cosas en la habitación. Y después podemos pensar entre todos cómo pasar el día.

Todos estuvieron de acuerdo.

—Dejadme pagar a mí —dijo Anika—. Estoy tan feliz de poder estar con vosotros como familia.

Feeny le dio las gracias.

—Has sido un apoyo enorme para mí. Igual que los niños y René. No sé cómo daros las gracias.

—Déjalo hoy de mi cuenta —insistió Anika.

Atravesaron el portal del hotel donde habían alquilado un apartamento familiar, lo bastante grande también para los niños y para Anika. René ayudó a Feeny con el registro mientras los niños exploraban el patio.

Aunque era invierno, el sol brillaba sobre Berlín y, con viento o sin él, aquello parecía más un comienzo temprano de primavera que el inicio del invierno.

Cuando René y Feeny regresaron de la habitación, surgió la pregunta: ¿qué hacer ahora con aquel tiempo juntos?

Jan tuvo una idea.

—Mirad, hay bicicletas de alquiler en el patio. Hace sol. ¿Por qué no hacemos una pequeña excursión en bici por la ciudad?

—¡Gran idea! —dijo Feeny—. No sé si mis piernas aguantarán. En el hospital descubrieron que los dolores de la pierna derecha se debían a un estrechamiento venoso que quizá tenga relación con mi enfermedad. Pero, para ser sincera, desde que ayer empecé a caminar por la habitación y por el pasillo apenas lo noto. Incluso hice un poco de ejercicio en la bicicleta estática que hay al final del corredor y me encontré mejor después que cuando estaba en la cama.

Jan se alegró. Alina estaba menos entusiasmada porque no era especialmente aficionada al ciclismo, pero por Mum se subiría también a la bici. René tampoco era un ciclista apasionado como Jan. Feeny, en cambio, había estado acostumbrada desde niña a desplazarse en bicicleta por su pueblo.

Anika tampoco parecía tener nada en contra del ciclismo: sus hermanos la habían iniciado muy pronto. En una de aquellas excursiones incluso había perdido uno de los incisivos delanteros y, además, había tenido que soportar las burlas de sus hermanos.

La idea de subir a una bicicleta en invierno no la entusiasmaba demasiado, pero percibía que Feeny quería ponerse a prueba y esperaba que el movimiento circular ayudara también a aliviar la estenosis de la pierna.

Las miradas de aprobación fueron pasando de uno a otro, y René preguntó en recepción si podían alquilar cinco bicicletas para la tarde.

Le entregaron las llaves y les explicaron brevemente cómo utilizarlas. Se cobraban por horas y el precio total era más que razonable.

Y enseguida comenzó la excursión.

Jan había preparado una pequeña ruta: primero a lo largo del Spree, después en dirección a Bernauer Straße, porque querían ver el tramo conservado del Muro de Berlín.

Era sorprendente cuánta gente circulaba aquel mediodía de diciembre junto al río: a pie, en bicicleta, en patinete.

Pero lo más sorprendente era ver a Feeny desplazándose en bicicleta con los demás como si hubiera pasado toda la semana entrenándose para aquella salida en la bicicleta estática del hospital.

Le encantaba ir delante con Jan a su lado, siempre que el estrecho camino junto al Spree lo permitía.

Anika seguía a Feeny y René cerraba el grupo junto a Alina.

A mitad del recorrido que Jan había diseñado hicieron una pausa. Extendieron una manta de pícnic, que René había pedido prestada en el hotel junto con las bicicletas, sobre una amplia escalinata que descendía hacia el río.

No llevaban comida, pero todos agradecieron las botellas de agua sujetas a las bicicletas, que Jan había llenado antes de salir.

—No habría pensado que esto me divertiría tanto —dijo Feeny.

—Y verte tan en forma —añadió René.

—Sí, Mamutschka, me impresionas —dijo Jan.

Alina estuvo de acuerdo.

—No exageréis —protestó Feeny—. Intento seguir vuestro ritmo, pero el aire y el movimiento me hacen bien. Y, sobre todo, vuestra compañía. ¿Sabéis? Estos últimos días he estado sola en la habitación. Al principio no podía tener compañera por la sepsis y después, como llegaba el fin de semana, supongo que ya no quisieron poner a nadie nuevo conmigo. Por una parte agradecía la tranquilidad, poder dormir toda la noche sin ronquidos de la cama de al lado ni visitas molestas por la tarde. Pero también hay momentos muy solitarios cuando estás tumbada así, no puedes ver más allá del borde de la ventana y, por culpa de la sepsis, ni siquiera puedes salir de la habitación.

Alina se acurrucó junto a Feeny para hacerle sentir cuánto compartía con ella su sufrimiento y su preocupación.

Feeny la estrechó contra sí.

—Todo está bien, cariño. No te preocupes. No fue tan terrible como a veces suena cuando uno oye la palabra hospital. Me han cuidado magníficamente. Las enfermeras, los enfermeros, las médicas y los médicos se ocupan de mí y hacen todo lo posible para que vuelva a ponerme en pie.

—¿Seguimos? —preguntó Jan—. Todavía nos queda un poco de camino. Sobre todo porque la vuelta por el otro lado del Spree no es tan llana como la ruta por la que hemos venido. En cuanto crucemos el puente entraremos en el bosque y, según las valoraciones, es el tramo más bonito, aunque también algo más exigente.

—Pues vamos a explorarlo —respondió Feeny.

Todos volvieron a subirse a las bicicletas y cruzaron el puente en dirección al bosque.

En efecto, el camino era bastante irregular y ondulado, aunque no especialmente difícil. A veces tenían que bajarse y empujar las bicicletas cuesta arriba.

Feeny aguantaba. De vez en cuando respiraba con dificultad y tenía que descansar sentándose sobre alguna piedra.

Pero siempre era la primera en levantarse de nuevo y animar al grupo a continuar.

Jan había escogido una ruta de menos de cinco kilómetros, de modo que no suponía un esfuerzo excesivo ni para Alina ni, por lo que podía verse, para Feeny.

Aun así, Alina y Feeny se abrazaron agradecidas cuando regresaron al patio del hotel y se bajaron de las bicicletas.

Jan enseñó orgullosamente en el móvil la ruta recorrida y también las fotografías que habían hecho junto al Muro.

—Ahora invito yo a todos. Venid, vamos a tomar un buen café. Y los niños pueden pedir un chocolate caliente o lo que quieran —dijo Feeny alegremente, y besó a René—. Y quien necesite un masaje, que se apunte conmigo.

—Yo la primera —dijo Anika.

—Yo también —añadió Alina.

—Pues venid a la habitación cuando terminemos el café —bromeó Feeny.

Buscaron una mesa redonda grande en la zona de cafetería del hotel, revisaron la carta y pidieron café y tarta para los adultos.

Jan pidió un bocadillo de salchicha y Alina un *Germknödel*, porque sabía que Mum y Dad solían compartirlo los domingos cuando todavía no tenían hijos. Y ella quería hacer aquello que había hecho su madre.

—Eh, sigues dormido —susurró Feeny al oído de René.

Llevaba ya un rato despierta y había contemplado el lento amanecer de aquella mañana tardía, prolongado como sólo puede prolongarse al comienzo del invierno. A ella le encantaba despertarse con el sol en verano.

Pero durante los últimos días, y en realidad durante las últimas semanas, había dormido tantísimo —en el hospital, en casa, otra vez en el hospital, durante el fin de semana en casa, después nuevamente en el hospital— que era más que feliz de sentir que aquella noche había dormido de un tirón.

Sin terrores nocturnos.

Sin el vientre hinchado.

Sin presión sobre la vejiga.

Simplemente dormir.

Y, además, pegada a aquel hombre a quien había amado toda su vida, quizá demasiado, y al que incluso había venerado un poco.

Estaba segura de sí misma como mujer y también como empresaria. Y, sin embargo, prestaba atención —o al menos escuchaba hacia dentro— y mantenía conversaciones imaginarias con René acerca de qué habría hecho él ante esta o aquella decisión empresarial.

Naturalmente, no eran conversaciones que realmente mantuviera con él.

No porque él le hubiera dado jamás la impresión de saber la respuesta, ni porque soliera decirle cómo podía dirigir mejor su empresa.

Acompañar a emprendedores era una de las grandes fortalezas de René. No se sentían tutelados, sino verdaderamente acompañados.

Su lema era que prefería invertir equivocadamente antes que tener razón mediante consejos.

Era todo menos un maestro.

Más bien un compañero de camino.

Y Feeny muchas veces habría deseado que se interesara más por su empresa.

En cambio, René leía los planes de negocio de desconocidos, evaluaba sus posibilidades, detectaba lagunas y discutía con aquellos emprendedores, casi siempre más jóvenes, cómo podían optimizar sus ideas y su puesta en práctica.

Por cuanto ella alcanzaba a observar, era un diálogo de igual a igual, sin aires de superioridad.

Pero a veces habría agradecido un poco de superioridad.

Especialmente cuando sentía que podía haberse ahorrado tiempo y dinero.

Pero otro de los lemas de René era: la experiencia no puede transmitirse; tal como indica la propia palabra, hay que vivirla uno mismo y hacer la propia experiencia.

Tenía razón.

Y, sin embargo, resultaba amargo.

¿Por qué había tenido que enfermar?

¿Se había sometido a demasiado estrés?

El negocio, los niños, el marido...

Y él tampoco era precisamente poco exigente, pensó.

¿*Puedo pensar eso?*, se preguntó.

Empezaba a girar en círculos.

Entonces volvió a acercarse a su oído.

—Eh, sigues dormido.

Los párpados de René se levantaron apenas.

Feeny se atrevió a extender la mano hacia él, como rara vez se atrevía a hacerlo con su marido, aunque profesionalmente había aprendido a hacerlo de manera natural.

Como era de esperar, René pareció despertarse de golpe.

Llevaban meses, años —ni siquiera conseguía recordar cuánto tiempo— sin mantener relaciones sexuales.

Ella no podía.

Y no porque estuviera agotada, cansada, destrozada por la quimioterapia.

Era por la sensación de haberse convertido en un objeto.

Desde el diagnóstico había sentido cada vez más que dejaba de ser sujeto para convertirse en objeto.

Las zonas más íntimas, aquellas en las que era mujer, le habían sido arrebatadas.

Estaban en manos ajenas.

Aumentadas mil veces bajo la mirada microscópica de otros.

Ya no se gobernaba a sí misma.

Se sentía *tratada*, en el sentido más literal de la palabra.

Pero los últimos días la habían hecho regresar hacia sí misma.

Había sentido que caminaba al borde de un precipicio, inclinándose cada vez más hacia abajo, tirada desde el fondo.

Y en aquel recorrido por la cresta, que sorprendentemente la había dejado casi impasible, cada paso planteaba una pregunta: derecha o izquierda, arriba o abajo.

Sin responderla, había seguido avanzando.

Ignoraba la elección.

Y aprendía que en cada paso lo esencial era ella misma: dejar a un lado todo lo que estuviera a la derecha o a la izquierda, arriba o abajo, y concentrarse únicamente en el paso.

Con cada paso pequeño se convertía un poco más en sí misma.

Miraba cada vez menos a derecha e izquierda, arriba y abajo.

Cuanto más caminaba, más se veía.

No como en un espejo.

Sino a través de sí misma.

Y ya no sólo se percibía desde fuera.

Empezaba a descubrir su interior.

Desarrollaba una nueva sensibilidad para sus sentidos, para su piel.

Las inyecciones diarias que recibía para mantener fluida la sangre le habían resultado desagradables durante mucho tiempo. En los últimos días no habían dejado de molestarla, pero ahora le indicaban que aún podía sentir.

Que estaba viva.

Y que, en cada paso de aquella cresta, todavía conservaba sensibilidad hacia sí misma.

Casi esperaba ya cada mañana aquella forma de percibirse.

Acarició a René, recorriendo sus muslos, entre ellos, pegándose a él, calentando las partes más sensibles de su cuerpo, besándole los lóbulos de las orejas.

Quería mostrarle:

Estoy viva. Amo. Y te amo a ti.

Él respondió.

Había pasado mucho tiempo desde que habían estado tan cerca.

René casi había renunciado a creer que alguna vez pudiera volver a acercarse así a ella.

Incluso ahora vacilaba entre entregarse a Feeny y a su cercanía o detenerla.

Abrirse a ella significaba aumentar la altura desde la que podía caer.

Demasiadas veces durante los últimos años había vivido la experiencia de querer acercarse, interpretar sus primeras señales como una invitación, comprender que también ella deseaba aquella cercanía, y acabar los dos en un callejón emocional sin salida.

No se trataba sólo de que ella tuviera que admitir que ya no era ella misma.

Ni sólo de que él se sintiera como un inválido masculino.

También era todo eso.

Pero lo decisivo era que una mayor cercanía provocaba un dolor mucho más intenso, nacido del pensamiento de que tendrían que volver a soltarse.

Aquella mañana era diferente.

Feeny resplandecía.

Con cada movimiento sus ojos brillaban más.

Su boca encontró la de René.

Exigió.

Atravesó incluso sus mayores reservas.

Le quitó sus muletas y...

por primera vez consiguió utilizar aquello que había aprendido profesionalmente para seducir a su propio marido.

—Eres una fiera indomable.

—No es verdad. Sólo soy lo que soy. Lo único es que muchas veces no me dejan ser lo que soy, o yo misma no puedo serlo. Pero todavía no me han arrancado los dientes.

—Ni la piel. Ni la mirada. Ni las garras. Ni tu manera de agarrarme.

Ella tiró de él hacia sí.

—Quedémonos un poco más juntos. El café puede esperar. Anika seguramente sabrá entretener a los niños.

René le acarició el cabello. Por las quimioterapias regulares desde el diagnóstico apenas medía ya unos centímetros, nada que ver con el de antes.

Sintió la resistencia bajo los dedos y después cómo aquellos cabellos cortos cedían y se inclinaban.

Agradeció poder sentirlos.

Había sido especialmente difícil para él durante las épocas en que Feeny no tenía cabello, ni cejas, ni vello púbico, ni ningún otro pelo en la piel.

Se acurrucó junto a ella.

Por primera vez en mucho tiempo pudieron soportar aquella cercanía sin miedo al dolor asesino.

Feeny le dio un pellizco en el trasero.

—Eh, ahora que ya no estás dormido quiero decirte cuánto te quiero. No sólo porque hayas aguantado conmigo estos últimos años, sino, sobre todo, porque no podría haber imaginado ninguna otra vida. Haber podido caer tan profundamente como estos últimos días y, aun así, saberme sostenida por ti y por los hijos que pude tener contigo; también por amigos como Anika, Bruno, mis empleados... Qué privilegio haber podido vivir una vida así contigo. Y esperemos que todavía podamos vivirla un poco más.

René la escuchaba.

Estaba sorprendido por tanta franqueza, por semejante cercanía.

También se sentía desbordado.

No sabía qué contestar.

—Ahora voy a arreglarme y... no sé cómo te sientes tú, pero me gustaría hacer una excursión de verdad en bicicleta hoy.

—Preguntemos primero a los niños. Y también a Anika.

—De acuerdo. Pero venga, salgamos de la cama. ¡Tenemos todo el día por delante!

Ya estaba en el baño, bajo la ducha.

René apenas sabía qué acababa de suceder.

Cuando Feeny y René llegaron a la mesa del desayuno, Anika ya estaba sentada con Alina y Jan, conversando animadamente.

Anika les hablaba de los descubrimientos que había hecho en Polonia siguiendo las huellas de artistas prácticamente olvidados.

Los niños conocían ya algo del mundo de la moda y del arte gracias a Feeny, pero el universo de Anika les resultaba desconocido y les parecía más que fascinante.

Jan era un apasionado de las novelas policíacas, y lo que Anika parecía investigar sonaba para él como la introducción a toda una serie de Netflix.

—Niños, ya he reservado las bicicletas para todos —dijo Feeny—. Jan, ¿puedes averiguar cómo podemos llegar al Wannsee, naturalmente con las bicicletas, para rodear después el lago?

Alina no sabía qué pensar.

Anika estaba sorprendida y miró a Feeny para asegurarse de haber oído correctamente.

Se tocó las piernas. Sentía pesadez y un tirón en el abdomen.

Después del día anterior se preguntó:

¿Quién era la enferma? ¿Feeny o ella misma?

Jan sacó el móvil e intentó averiguar mediante la aplicación de trenes cómo y cuándo podían ir con las bicicletas desde Berlín hasta Wannsee.

El día anterior ya habían recorrido una pequeña distancia, pero todos se preguntaban si Feeny, después de aquella excursión, quería y podía hacer ahora una salida realmente larga.

Y, sobre todo, ¿por qué precisamente aquel lago?

La vida parecía girar sobre sí misma.

—No os preocupéis. Me siento en forma. Es verdad que el sol ha desaparecido y ha vuelto el invierno, pero el aire y el movimiento de las piernas me han sentado de maravilla. Los dolores han desaparecido por completo. Me encantaría ver el Wannsee. Me vienen imágenes invernales del pasado y pienso en nuestra boda junto al Starnberger See.

»Los niños saben naturalmente por qué, pero para que tú, Anika, entiendas por qué ese lago significa tanto para mí: para mí quizá sea el más romántico de todos los lagos de Múnich. Tal vez porque la orilla oriental apenas es accesible a los visitantes: la mayor parte está en propiedad privada. Tiene algo del brillo de lo apartado. Ese lado oculto del lago le da un carácter encantado. Ammerland, situado aproximadamente a mitad de camino entre el norte y el sur en esa orilla oriental, es un pequeño pueblo de ensueño. Allí René y yo celebramos nuestra boda.

—¿Cómo llegasteis a un lugar tan apartado?

—Probablemente fue mi vena romántica.

—Cuesta creerlo —dijo Anika—. Con Ammerland aparece otra conexión entre vosotros y nosotros. Tiene que ver con la historia de Bruno.

Y comenzó a contar cómo la familia del abuelo y del padre de Bruno había sido evacuada desde el Sarre hacia finales de la guerra y trasladada a Ammerland.

La primera experiencia al llegar a Starnberg había sido una decepción.

Junto con otras familias del Sarre bajaron del tren después de un larguísimo viaje a través de media Alemania —o, como decía siempre la abuela de Bruno, a través del *Reich*, porque nunca había querido aceptar que el Sarre hubiera vuelto a incorporarse a Alemania bajo Hitler y que, para colmo, aquellos «estúpidos habitantes del Sarre» hubieran votado el 13 de enero de 1935 por esa reincorporación con más del noventa por ciento de los votos.

Ella habría preferido que el territorio siguiera siendo independiente; en cualquier caso, antes francés que parte del Reich de Hitler.

Allí estaban, en el andén de Starnberg, oliendo el vapor de las patatas que subía de la cocina popular.

Durante un instante, según había contado Bruno, su abuela se sorprendió incluso dudando de sus críticas al Reich.

Un instante después, ella y los demás habitantes del Sarre tuvieron que escuchar y experimentar cómo se había extendido la noticia de que aquel tren había descargado «un cargamento de franceses del Sarre».

En respuesta, cerraron inmediatamente las ollas de la cocina popular, expulsaron a los enemigos de Hitler y empezaron a insultarlos y a golpearlos para impedirles recibir comida.

La familia tuvo suerte.

Delante de la estación los esperaba un carro.

El abuelo de Bruno, que era secretario municipal, había establecido contacto con el funcionario local de Ammerland, y éste había encargado al carpintero del pueblo que se ocupara de su colega y de su familia y fuera a recogerlos.

Cuando el carpintero vio el tumulto en el andén, se abrió paso sosteniendo un cartel preparado de antemano en el que podía leerse, en grandes letras negras:

RECKTENWALD

El abuelo de Bruno vio a su salvador y, con su ayuda, la familia consiguió abrirse camino hasta el carro.

El anfitrión se disculpó por la desagradable bienvenida de sus conciudadanos, cargó inmediatamente a sus huéspedes y el poco equipaje que llevaban y se marchó con ellos de allí.

Bruno también había contado que, cuando tenía dieciséis años, había visitado con su padre a la familia del carpintero. Una prima suya se había enamorado del hijo del carpintero, se habían casado después de la guerra y ya tenían hijos.

Pero el verdadero motivo de aquel viaje de su padre a Ammerland no eran tanto los recuerdos antiguos ni los vínculos familiares que se habían creado.

Era el suntuoso edificio vecino que lindaba con el prado de la carpintería.

En aquella gran propiedad situada junto a la calle principal del pueblo vivían tres jóvenes damas, sólo unos años mayores que el padre de Bruno.

Las tres solteras.

La mayor era una escritora conocida en Baviera que publicaba gruesas novelas históricas y vivía en una relación lésbica con su compañera, oficialmente disfrazada de empleada doméstica y que figuraba como residente del antiguo pabellón del portero situado a la entrada de la finca.

La hermana intermedia era investigadora independiente y pasaba la mayor parte del tiempo consultando materiales en la antigua Oficina Imperial de Patentes de Múnich, que desde 1919 se llamaba Oficina de Patentes del Reich.

Pero fue la hermana menor quien cautivó al padre de Bruno.

Aunque ya mantenía una amistad estrecha con quien más tarde sería su esposa, la madre de Bruno, durante la evacuación estaban separados y entre él y la menor de las tres hermanas se había desarrollado una relación íntima.

Le fascinaban la cultura de aquellas mujeres, la encantadora y culta joven y una casa llena de libros y arte.

Bruno recordaba que, durante aquella visita con su padre a Ammerland, con apenas dieciséis años, había podido dormir en una habitación de aquel palacete equipada con varias casas de muñecas de tamaño casi humano, procedentes de comienzos de siglo.

Sobre su cama colgaban cuadros que su padre le explicó que eran originales de Kandinsky, Marc y Heckel.

En aquel momento aquellos nombres no significaban nada para él.

Pero cuando años después se lo contó a Anika, la mirada de ella debió de quedarse petrificada.

Sobre todo porque él mismo ya había comprendido entretanto bajo qué cuadros se había dormido durante aquellos días.

Desde entonces había querido enseñarle el lugar donde quizá había pasado los días más hermosos de su juventud en Baviera.

Las hermanas poseían una pequeña playa privada junto al Starnberger See y también un cobertizo para embarcaciones. Bruno pasaba horas remando, leyendo, dejándose mirar por la hermana menor y maravillándose durante aquellas veladas en las que descubría que su padre no sólo era feliz con su madre, sino que mantenía además otras amistades que evidentemente también lo hacían muy feliz.

—¡Entonces por poco aparecéis como invitados sorpresa en nuestra boda! —bromeó Feeny.

René se rio, y los niños escuchaban llenos de curiosidad.

—Venga —insistió Feeny—. Tenemos mil razones para ir algún día a Ammerland. Pero ahora vamos primero por la orilla oriental del Wannsee.

Durante el trayecto más largo junto al lago, Feeny pudo pedalear al lado de Anika mientras René y los niños se habían adelantado un buen trecho.

—¿Ha ocurrido ya algo con las acusaciones contra Bruno? —preguntó Feeny.

—No realmente. Le habría gustado venir conmigo a Berlín para verte, pero tuvo que quedarse en Eichstätt porque el jefe de Personal, junto con un sacerdote que además tiene formación psicoterapéutica, quería hablar con él. Al parecer, durante un viaje con jóvenes, cuando estaba en Turquía con un grupo mixto, llevó por la noche a los chicos y chicas a unos baños turcos donde se bañaron juntos desnudos, como en una sauna. Una de las chicas todavía no había cumplido los dieciocho y, después de enterarse de que Bruno había sido nombrado obispo auxiliar, presentó una queja ante la diócesis.

—¿Y ahora?

—No lo sé. Bruno no puede ni quiere negarlo. Sabe que era responsable del grupo, aunque ya no recuerda por qué aquella chica fue con ellos aquella noche. Según recuerda, había explicado al grupo qué les esperaba; era opcional y nadie estaba obligado a acompañarlos. Aun así sabe, y lo reconoce, que con la experiencia y la perspectiva de hoy habría debido actuar de otra manera.

—¿Cómo seguirá?

—Tampoco lo sabemos. Ha contratado a un abogado. Pero el abogado dice que, con todos los informes interminables sobre casos de abusos en la Iglesia católica, ve pocas

posibilidades de que salga completamente indemne. La cuestión es si existen otras acusaciones y, si sigue siendo un caso aislado, dónde se tramitará.

—Lo siento por él y por ti. Pero si dices que era un viaje de vacaciones, ¿era realmente responsable del grupo?

—Sí y no. No era una actividad oficial de una parroquia ni de un decanato. Todo surgió de una banda que tocaba por afición los viernes por la noche. Además de los miembros de la banda, chicos y chicas, había también un coro. Querían gastar juntos en un viaje el dinero que habían ganado con actuaciones. Bruno era el batería de la banda.

—Pero sus superiores eclesiásticos sostienen que para un sacerdote no existe ni vida privada ni tiempo libre. Siempre está de servicio y, por tanto, tiene que vivir en todo momento de acuerdo con las normas morales de la institución y representarlas.

—Entonces entiendo que no pueda estar de acuerdo con esa institución.

—De hecho no lo está. Era profesor de Teología Moral y Ética Filosófica e intentaba mostrar a sus estudiantes que existen distintos enfoques éticos y que no hay que obedecer a una institución como si se tratara de un sistema totalitario, sino escuchar la propia intuición y, sobre todo, la propia conciencia. Estoy segura de que defenderá eso incluso si le cuesta profesional, personal o económicamente.

»Y también hay que comprender a la joven que presentó la queja. Si entonces fue inducida a hacer algo que la perjudicó, que la afectó y que todavía años después la traumatiza, desde luego no estuvo bien. Y, por cómo conozco a Bruno, lo admitirá y afrontará abiertamente la situación, en la medida en que pueda repararse algo. No es alguien que evite la autocritica o que se niegue a reconocer sus errores. Habrá que ver si la joven desea tener un contacto directo con él. Hoy existe también la posibilidad de una mediación entre víctima y responsable.

—Dios mío, todo lo que tenéis encima.

—Bueno, quien como Bruno se somete a una institución semejante y le entrega toda su vida no puede quejarse cuando las propias constricciones terminan alcanzándolo.

—¿No eres demasiado dura con él?

—Creo que no. Al contrario. Él eligió una compañera de la que siempre quiso que lo acompañara críticamente. Eso es esencial para los dos.

—Pero nunca cuestionaste que trabajara y viviera dentro de esa institución y que sometiera no sólo su propia vida, sino también la tuya, a presiones externas e internas.

—Cuando amas a alguien —y tú lo sabes tan bien como yo— no intentas cambiar a tu pareja. Intentas comprenderla, acompañarla críticamente y apoyarla en el camino que ella misma elige, siempre que sea correcto y defendible. Al final tiene que decidir él. Yo sólo puedo ser un espejo en el que se vea con mayor claridad de lo que podría verse sin ese espejo.

Pedaleaban junto a la orilla, ligeramente cuesta arriba.

René y los niños ya estaban en lo alto y esperaban a que las dos mujeres, absortas en su conversación, llegaran pedaleando.

—Bueno, ¿cómo vais las dos? —preguntó René.

—Como ves, estamos demasiado metidas en nuestra conversación para que yo pueda pensar en mis piernas o en cualquier otra parte del cuerpo —respondió Feeny con picardía.

Pedaleó hasta René y se apretó contra él para hacerle saber cuánto estaba disfrutando del paseo y, al mismo tiempo, cuánto agradecía que le hubiera dado aquel espacio para hablar con Anika.

Él le hizo entender que comprendía.

Y que también disfrutaba de ir delante con unos niños relajados, que veían a su madre pedaleando al fondo y se lanzaban hacia delante con Dad intentando poner a prueba su forma física.

La bajada de la colina exigió menos esfuerzo.

Anika y Feeny pudieron continuar su conversación.

—¿Te he contado ya que he encontrado una nueva buena amiga?

—No que yo recuerde. ¿Dónde? ¿Quién?

—En el hospital. Compartió habitación conmigo durante uno de mis ingresos anteriores. No este último, porque por la sepsis tenía que estar sola; me refiero al de antes. Fue una compañera de conversación maravillosa. Nos entendimos desde el primer instante.

—¿Cómo se llama?

—Lina. Y me parece guapa para su edad, guapa y orgullosa, incluso después de haber perdido el pelo por la quimioterapia. Pero no sólo eso. Ha pasado muchísimo por culpa de la enfermedad y, aun así, no ha perdido el humor ni la esperanza.

—¿La admiras por eso?

—Sí. Apenas es mayor que yo, pero ya tiene un hijo de veintitrés años, casi terminado con sus estudios duales y trabajando ya en una gran empresa internacional. Y, más importante todavía, la cuida con una ternura conmovedora. A veces tengo la sensación de que ella va por delante de mí. Por desgracia también en la evolución de la enfermedad.

—¿Cómo?

—No he entendido todos los detalles. Pero, por lo que he ido siguiendo, le apasiona trabajar y quiere conservar su puesto en una agencia de viajes todo el tiempo que pueda. Sin embargo, eso también hizo que durante los dos primeros años después del diagnóstico de cáncer de ovario se tratara en el hospital comarcal cercano a su casa, hasta que allí ya no supieron qué hacer y la remitieron al Centro Europeo de Cáncer Ginecológico de Berlín. A pesar de esa experiencia, sigue prefiriendo que la atiendan en casa, en Hannover, y confía más en sus médicos locales que en los de la Charité de Berlín.

—Por cómo lo cuentas, noto que esa decisión de Lina te preocupa.

Feeny le hizo entender desde la bicicleta hasta qué punto Anika había dado en el centro.

—Tienes que saber, Anika, que cuando me diagnosticaron me dieron una esperanza de vida de dos o tres años. Y sólo porque me operó en Londres uno de los mejores cirujanos de este campo y porque después, durante la evolución de la enfermedad, me atendieron excelentes oncólogos que trabajan en investigación puntera, conocen las tendencias más recientes y tienen una enorme experiencia con los casos más complejos, sigo viva.

»Me duele muchísimo ver que Lina parece no percibir la amenaza. Ni tampoco las posibilidades que tendría si confiara en los especialistas.

—¿Estás tan segura?

—Si no tuviera esa confianza, podría rendirme ahora mismo —dijo Feeny—. Yo misma tuve que aprender, durante los primeros meses y años, que mi vida ya no estaba principalmente en mis propias manos. Al menos no sólo. Quizá incluso apenas dependía ya de lo que yo hiciera o dejara de hacer.

»Y, pensando en Lina, una de las lecciones más amargas fue tener que admitir que no todo aquello que yo consideraba correcto —la comida, las rutinas, lo que me parecía bueno o práctico— era necesariamente correcto. Tuve que revisar mis propias valoraciones y juicios, volverme más crítica conmigo misma y aprender a sustituir parte de la confianza en mí por confianza en quienes me trataban.

»Tuve que acostumbrarme a mirar los números, los valores, a convertir experiencias en estadísticas y, al mismo tiempo, a confiar en la intuición madura y en el conocimiento profesional de aquellas personas que muchas veces me eran completamente ajenas.

—¿No pudiste hablar con Lina de cómo lo ves tú?

—No realmente. Parecía ser ella la más experimentada. También insistía mucho en ser la más autónoma, sabía reírse de sí misma y miraba al futuro llena de confianza. Quizá también porque ya había pasado por meses y años muy duros. Apenas recibió el diagnóstico, su marido la abandonó. Bueno, era su segundo marido, más bien su compañero de vida. Su primer marido había muerto poco después del nacimiento de sus dos hijos y ella los había criado sola. Más tarde conoció a este nuevo hombre. Él se mudó a su casa cuando su hijo comenzó los estudios universitarios; la hija ya se había independizado. Y debieron de pasar una época muy buena juntos, porque hablaba de él con enorme intensidad. Pero cuando se confirmó el diagnóstico de cáncer de ovario —se lo contó una noche cuando él regresó del trabajo—, al día siguiente él no volvió a casa.

»Ni una palabra. Ni despedida. Ni explicación.

»No volvió.

»Simplemente desapareció.

»Nada.

»Ella se quedó allí, no sólo sin sus hijos, que estaban estudiando y a quienes no quería preocupar. También había desaparecido el hombre con quien había compartido los últimos meses y quizá habría podido compartir todavía años. Me hablaba de las vacaciones que habían hecho, de aficiones compartidas como bailar tango, de amigos comunes. Él ya no estaba.

»Y con él había desaparecido también aquel futuro.

»Sin dejar rastro, aunque había dejado en ella las huellas dolorosas de la vida que habían compartido.

»Y, sin embargo, ella siguió siendo ella misma y afrontó su enfermedad. Como la mayoría de las mujeres golpeadas por esta enfermedad, estaba en estadio III; su pronóstico no era mejor que el mío. No lograba comprender por qué él la había abandonado.

»Intentaba ponerme en su lugar y sólo sentía un vacío que me miraba de tal modo que apenas podía escucharla cuando me contaba aquellos días de la separación. Sobre mí misma cayó una sombra de miedo: la idea de que mi compañero, mis hijos, mis amigos pudieran apartarse de mí en un instante. Empecé a sentir que mi muerte podía alcanzarme en vida.

»Lina y yo nos sentábamos a veces juntas y llorábamos. Y nos hacía bien.

El camino seguía ascendiendo, adentrándose en el bosque.

—Feeny, es como ahora con la bicicleta. Vamos juntas. Y yo podría llorar contigo.

—No te lo cuento por eso. En realidad quería decirte cuánto te agradezco que, cuando recibí mi diagnóstico, mi familia permaneciera a mi lado, pero también personas como tú. Tú fuiste la primera clienta que me vio con la cicatriz del abdomen y me devolvió la confianza en mi cuerpo desnudo. No olvido que me permitiste seguir siendo para ti ese lugar al que acudías, y que no dejaste que mis metástasis saltaran sobre ti. Seguiste viniendo. Y yo tenía la impresión de conservar contigo mi antigua fuerza, mi antiguo brillo. Al menos tu confianza me daba esa seguridad.

Las dos apretaron con fuerza los pedales. Anika miró a Feeny, sorprendida de que, pese a su enfermedad, consiguiera subir aquella pendiente y todavía pudiera hablar mientras lo hacía.

—Yo sabía de tu enfermedad porque fuiste muy abierta conmigo, pero tu personalidad la eclipsaba. Después de tu primera gran operación, cuando pude volver a verte una vez recuperada, apenas percibí realmente la cicatriz. Eran tus manos, tus dedos, tu piel y tu calor. Te sentí todavía más cerca de mí, dentro de mí, y yo dentro de ti. Tenía la impresión de que te habías abierto aún más y me habías dejado participar en ti con mayor profundidad.

Continuaron pedaleando cuesta arriba por el bosque hasta llegar a un claro que se abría hacia el pequeño pueblo de Wilhelmshorst. Poco después pasaron junto al cartel de entrada.

Anika comenzó a hablar con una sonrisa:

—No te lo vas a creer, pero ya había estado aquí. Incluso más de una vez. En mis primeras investigaciones sobre la historia del nacionalsocialismo escribí una tesina de licenciatura sobre un escritor hoy tristemente olvidado que vivió aquí: Edlef Koeppen.

—No lo conozco —dijo Feeny—. ¿Qué escribió?

—Se hizo famoso por su novela pacifista *Heeresbericht*, en la que elaboró literariamente, desde una perspectiva autobiográfica, su crítica de la Primera Guerra Mundial. Y fue innovador porque, casi al mismo tiempo que Alfred Döblin con *Berlin Alexanderplatz*, desarrolló una técnica de montaje destinada a desenmascarar la propaganda y la ficción.

—También a mí nuestra excursión en bicicleta me lleva hacia el pasado. Creo reconocer la orilla donde estaba el hotel junto al lago en el que celebramos nuestra boda.

Feeny se volvió hacia René, que seguía pedaleando entre los dos niños. Se detuvo, y Anika frenó también.

Cuando René llegó con los niños, Feeny se bajó de la bicicleta y la apoyó contra una valla blanca, frente a un embarcadero que partía de un restaurante del hotel y se adentraba en el lago.

—Venid —los invitó—. ¡Vamos al embarcadero! Quiero contaros qué recuerdos despierta en mí esta orilla.

El embarcadero parecía algo inestable, aunque no ofrecía verdadero peligro. Alina disfrutaba mirando a través de las anchas rendijas entre las tablas y descubriendo los distintos peces que se movían en el agua cristalina.

Sólo Jan perturbó la idílica escena.

Comenzó a lanzar piedrecitas hacia los peces, que desaparecieron al instante.

—¡Oh, no! —protestó Alina, haciendo ademán de empujar a Jan al agua.

Feeny se alarmó.

—¡Niños!

René también les dirigió una mirada severa. Pero cuando ambos empezaron a sonreír y después estallaron en carcajadas, los adultos se relajaron también.

—Mirad. Aquí, tal como estamos ahora, en medio de un embarcadero sobre el lago y rodeados de un paisaje invernal, hicimos nuestras fotos de boda en 1993. Yo llevaba un largo vestido de novia bávaro azul y zapatos dorados, y René un traje de terciopelo verde con pantalones también verdes. Nuestro mejor amigo y testigo de boda hizo las fotografías. Todavía la semana pasada no habría creído que pudiera revivir estos recuerdos con vosotros y volver a reír juntos.

Apenas había terminado la frase cuando Jan arrojó una piedra todavía mayor al agua y empapó a todo el grupo.

Pero en vez de reprenderlo, Feeny comenzó también a reír.

Se sujetó el vientre, que le dolía, pero el dolor se disolvió en su rostro y la risa iluminó sus facciones.

René veía todavía los ángulos del dolor alrededor de la boca de Feeny, pero también él empezó a sonreír y después a reír.

La situación era absurda y maravillosa.

Si muchos años antes alguien le hubiera dicho que algún día estaría allí, con Feeny, sus hijos y una amiga, sobre un embarcadero parecido al de Ammerland, y que después de todo lo que ella había atravesado durante la última semana, los últimos meses y años, simplemente podrían permanecer allí y reír juntos con toda el alma, habría pensado que estaba loco.

La vida era imposible de matar mientras siguiera habiendo vida.

Feeny se colgó de los brazos de Anika, dio un beso enorme a Alina y Jan y abrazó también a René con fuerza.

—Me habéis cumplido un deseo enorme. Y yo misma también. Cuando celebré con René nuestro aniversario de boda en aquel hotel junto al lago, jamás habría podido imaginar lo feliz que podía llegar a sentirme después de una semana como la pasada. Mi vida ha estado llena de sorpresas. Y ha tenido muchas más de las que habría podido soñar. Venga, os invito a todos a un chocolate caliente o a un café, y a los adultos a una copa de cava. ¡Vamos, *ante portas*!

Los niños vitorearon. Jan arrojó al lago las piedras que le quedaban. Algunas chapotearon; otras rebotaron varias veces sobre la superficie.

Cuando ya comenzaba a caer la tarde llegaron a la estación. No tuvieron que esperar mucho hasta que apareció un S-Bahn que recogió al grupo, algo cansado, junto con sus bicicletas de alquiler, y los llevó de regreso a Berlín.

Desde la estación no quedaba mucho camino hasta el hotel.

—Mamutschka, ¿sabes cuántos kilómetros has hecho hoy en bicicleta?

—Ni idea.

—Más de once —dijo Jan orgulloso, señalando su móvil, con el que había registrado la ruta junto al Wannsee—. Más del doble que ayer.

Al llegar al hotel, René tomó el teléfono y llamó a Bruno. La noche anterior, después de que los niños se hubieran ido a dormir, se había enterado por Anika y Feeny de la delicada situación en la que se encontraba Bruno.

Aunque no quería formarse un juicio porque no conocía todos los detalles y tampoco comprendía del todo lo que había oído, quería decirle que confiaba en él y que estaba a su lado.

Bruno contestó inmediatamente al ver aparecer el número de René.

René se retiró a una sala contigua porque el comedor del hotel era demasiado ruidoso.

—Joder, Bruno. Debes de estar pasándolo fatal, ¿no?

—Lo que más me enfada es conmigo mismo, René. Porque, a mi juicio, no tengo excusa. Entonces cometí un error, o más bien muchos. Como ocurre con tantos errores personales, tampoco aquí sirve de excusa que sólo los reconozcas después, que sólo entonces comprendas que fueron errores, quizá incluso que sólo puedas comprenderlos después. Pero yo tendría que haber tenido ya entonces la suficiente visión y sensibilidad para saber que no estaba bien llevar a menores a aquel viaje y ponerlos en una situación en la que podían sufrir daño físico y emocional y en la que, como esa mujer que ahora se queja, probablemente también fueron dañados.

—Sea como sea, yo no conozco los detalles jurídicos ni tú parece recordar después de tantos años el desarrollo exacto de los hechos. Además, por lo que entendí, tú no te acercaste personalmente a aquella joven ni sufrió daño directamente por ti. Te llamaba porque Anika hizo algunas alusiones a por qué no habías podido venir a Berlín.

—Sí. Lo siento muchísimo. Precisamente ahora, cuando Feeny está mal, me habría gustado estar con Anika a vuestro lado.

—En vez de eso tienes que ocuparte de ti mismo. Y sólo puedo transmitirtelo de parte de Feeny que ella piensa exactamente lo mismo que yo: ahora eso es lo más importante y tienes que cuidar de ti, también por Anika, e intentar atravesar este asunto correctamente y conseguir el mejor desenlace posible. Además, Anika está aquí con nosotros y todos se lo agradecemos, porque en una situación así una familia empieza fácilmente a girar sobre sí misma y no encuentra salida del círculo. Feeny me pidió también que te dijera que se encuentra mejor, que te agradece que pienses en ella y que renuncies por ahora a tener a Anika contigo, precisamente cuando tú mismo necesitarías tanto su cercanía.

—No sé qué decir. Es tan bueno tener amigos como vosotros.

—Puedo decir exactamente lo mismo de ti y de Anika. Y por eso te llamo también: para que puedas contarme cómo estás y qué va a pasar ahora.

—El asunto de la acusación seguramente se prolongará. Hoy hablé con mi abogado y opinaba que debería continuar tal como lo he hecho desde el primer día: reconocer sencillamente lo que ocurrió y admitir que incumplí mi deber de supervisión. Hasta ahí me parecía correcto.

»Pero después añadió que la mujer también me acusa de haber participado personalmente en la agresión dentro del baño turco. Afirma que, junto con los empleados del hammam, la enjaboné, la aclaré con agua y que introduce profundamente la mano en su vagina.

»Puedo asegurarte que no hice eso, aunque ella lo afirme.

»Y, sin embargo, mi abogado me recomendó que incluso confesara esa acusación como autor, porque quizá así conseguiría una pena más leve. Al menos más leve que si niego el hecho.

»Me explicó que, si insisto en mi inocencia respecto de esa agresión, habría un juicio con la víctima y posiblemente una evaluación psicológica, si no se encuentran testigos a favor o en

contra. Y, según el resultado del informe, podría incluso acabar con una pena de prisión sin suspensión.

»Por eso me recomienda admitir algo que no hice, aceptar un procedimiento abreviado y quizá una pena menor, en vez de exponerme a un proceso incierto, largo, costoso, mucho más público y con un resultado potencialmente más severo.

—Suenas pragmático, quizá incluso razonable desde un punto de vista estratégico, pero va contra mi sentido de la justicia. Me parece completamente absurdo.

—Bueno, eso me lo dices a mí, que soy teólogo moral. Pienso exactamente lo mismo. ¿Tengo que renunciar a mis principios de verdad y justicia sólo para sacar el cuello de una soga injusta? Al mismo tiempo tengo que pensar en la víctima y preguntarme por qué llega a formular una acusación semejante.

—¿Puedes encontrar testigos que puedan hablar de aquella situación?

—No lo sé. Pero he empezado a reconstruir de memoria quiénes viajaron entonces con nosotros y a buscarlos después por internet, para dárselos a mi abogado como posibles testigos. Tendré que esperar a ver qué sale de todo eso.

—Te lo digo otra vez: te apoyaré en lo que sea.

—Quizá puedas hacerlo de verdad. Ayer vino la policía con varios agentes y se llevó todos mis dispositivos electrónicos. Por eso hoy no me has localizado en el móvil, sino sólo en el teléfono fijo. También se llevaron el portátil. ¿Tendrías algún ordenador de repuesto?

—Sí. Precisamente porque hace unos días me compré uno nuevo. Había estado reunido con un joven equipo de emprendedores en un hotel de Polonia y a la mañana siguiente olvidé allí el portátil. Sólo me di cuenta cuando, en el control de seguridad del aeropuerto, fui a sacarlo de la bolsa y no estaba.

»Como necesitaba un ordenador urgentemente al comienzo de la semana, compré otro con entrega urgente nocturna. Entretanto, el hotel me envió el que había olvidado. Así que ahora tengo uno de sobra y te lo puedo prestar encantado.

—Magnífico. Dáselo a Anika cuando vuelva, por favor. Te lo agradezco de corazón.

—No hay de qué.

—No quiero seguir apartándoos de una tarea mucho más importante. Estad junto a Feeny y dale recuerdos muy cariñosos de mi parte, también a Anika y a los niños. Ojalá Feeny supere estos días tan duros.

—Lo haré, Bruno. Y mucha fuerza para ti también. Ojalá podamos volver a vernos todos juntos pronto.

—¿Bruno te contó la historia? —preguntó Anika después.

—Complicado —respondió René—. Ojalá encuentre testigos que puedan exonerarlo. Entiendo la recomendación del abogado desde un punto de vista práctico, pero me suena a una perversión del derecho.

—Bruno reconoce que cometió un error grave, pero no puedo creer que hiciera lo que afirma esa mujer. Fue imprudente llevar a los menores aquella noche, pero que él mismo se expusiera así delante de todos los demás jóvenes y, sobre todo, que se acercara de esa manera a una menor y penetrara en ella... no puedo imaginarlo. No es el Bruno que conozco. Y creo que sería el primero en admitir una conducta semejante si realmente la hubiera cometido.

—Yo también lo creo. Es capaz de ponerse muy bien en el lugar de otras personas y por eso mismo sufre también con la víctima. Por lo que he oído en la llamada, ni siquiera cuestiona cómo ella vivió aquello.

—Que todo esto haya salido precisamente estos últimos días, cuando estábamos juntos en Malta, también pone nuestras preocupaciones en perspectiva. Frente a amenazas reales como las que tú, Feeny, estás viviendo, y como las que vosotros atravesáis como pareja y familia, las preocupaciones que nos atormentan parecen casi pequeñas.

—Puede ser —respondió Feeny—, pero las preocupaciones no se pueden pesar unas contra otras. Lo que te golpea, te golpea con toda su fuerza. Quizá la propia preocupación te vuelva más sensible al sufrimiento de un amigo o, como en este caso, al de Bruno y al tuyo, Anika. Porque yo sé lo que significa estar afectada junto con alguien.

—A menudo me pregunto quién está más indefenso —continuó Feeny—: la persona directamente afectada o quienes sufren con ella. A veces me siento miserable simplemente porque veo sufrir a los niños, a René, a ti, Anika, a Bruno, a otros amigos, sólo porque yo tengo lo que tengo y no puedo quitármelo de encima.

»Sí, muchas veces sufro más por el dolor que provoco en quienes me quieren que por mis propias metástasis. Éstas me presionan, las noto aquí y allá, siento hinchazón y, como estos últimos días, dolores que me impiden caminar.

»Pero basta una mirada al rostro de los niños, o ver la tristeza de René o la tuya, Anika, y mis propios dolores desaparecen.

»Nunca habría creído que volvería a subirme a una bicicleta. Y ahí estoy, sentada sobre este artilugio, moviendo las piernas, y con la sonrisa de Jan parecen girar solas.

—Increíble —dijo Anika.

2. De vuelta en la clínica

El profesor Choukri se acercó a la cama de Feeny con su habitual paso firme, acompañado por su séquito de médico jefe, médicos asistentes, enfermeras y estudiantes.

—Tiene buen aspecto, descansada —abrió la conversación—. ¿Cómo ha pasado el fin de semana con su familia?

Sabía por Feeny que había pensado quedarse con su familia en Berlín porque el tiempo habría sido demasiado corto para volar a Inglaterra y, además, le había recomendado encarecidamente que no se alejara demasiado de la clínica. No era extraño, por tanto, que los rostros del médico jefe y de los asistentes fueran más bien escépticos y que les sorprendiera la manera directa y optimista con que su jefe hablaba a la paciente. Y eso a pesar de que, a esas alturas, ya deberían conocerlo. Precisamente por eso estaban aún más sorprendidos.

Como si hubiera acertado exactamente con el tono, Feeny respondió:

—Han sido unos días maravillosos. Cortos, sí, pero intensos. Y tan hermoso poder volver a abrazar a los niños, también a mi marido y a una amiga muy querida. Además, no se lo va a creer: el sábado me convencieron para hacer una pequeña excursión en bicicleta por el bosque invernal y, como aquello le sentó tan bien a mi pierna que el dolor tirante casi desapareció, alquilamos bicicletas para todo el domingo, fuimos en tren hasta el Wannsee, visitamos el lugar donde hace años busqué y encontré la casa de una escritora sobre la que

había escrito mi tesis doctoral y luego recorrimos más de once kilómetros en bicicleta junto al lago.

El profesor Choukri levantó apenas la vista, frunció el ceño y, acto seguido, estalló en una sonora carcajada.

—Ya lo ven —dijo, volviéndose hacia quienes lo acompañaban—. Apenas se le da el alta, se pone a dar volteretas y a disfrutar de la vida. La semana pasada algunos colegas ya no querían contar con que la señora Weingarten llegara siquiera al fin de semana, y ahora se recorre en bicicleta media Marca de Brandeburgo.

Feeny agradecía aquella franqueza del profesor Choukri. No sólo había sentido lo cerca que había pasado rozando la muerte; también durante los últimos días se había preguntado varias veces: *¿Quiero seguir? ¿Puedo seguir? ¿O ya basta?*

Sólo la idea de que volvería a ver a sus hijos y podría abrazar de nuevo a René le había permitido resistir, reunir una vez más todas sus fuerzas y no abandonarse sencillamente. Si Anika y René no hubieran estado alternándose junto a ella, esta vez quizá ya no habría sido capaz de realizar aquel esfuerzo, al menos ésa era su sensación.

Por eso miraba ahora con tanto orgullo los ojos alegres de un médico que no sólo conocía cifras, manejaba datos y dictaba medicaciones, sino que muchas veces también se quedaba pensativo, guardaba silencio durante minutos y reflexionaba mientras delante de su consulta esperaba una larga fila de pacientes y familiares.

Aquella mañana, sin embargo, toda fatiga, toda gravedad reflexiva había desaparecido de su rostro. Le tomó la mano y felicitó a Feeny, a sí mismo y a todo su equipo.

También las facciones del personal que estaba detrás de él empezaron a relajarse.

—Podemos retirar los apósitos. Comprueben otra vez los análisis de sangre y hagamos también una ecografía —ordenó.

Después se volvió hacia Feeny:

—¿Podría descubrirse el abdomen? Quisiera palparle la parte baja del vientre y examinar los riñones.

Feeny retiró la manta y se subió la bata hospitalaria mientras la enfermera cubría sus partes íntimas. El profesor Choukri palpó primero con suavidad y después, con sus maniobras habituales, las distintas zonas del bajo abdomen. También la elevó ligeramente hacia izquierda y derecha, rodeándola con los brazos para examinar los riñones.

—El abdomen también está más blando después del fin de semana. Si hoy sigue estabilizándose y los valores acompañan, mañana podrá irse a casa.

Casa.

Feeny habría querido abrazar al profesor Choukri.

Era la palabra más hermosa.

Sonaba como una palabra mágica.

—Volveré esta tarde durante la visita. Para entonces tendremos también los resultados de laboratorio de la semana pasada y podré valorar mejor la dinámica y hablar con usted de los siguientes pasos.

Feeny asintió, aunque la inquietaron un poco aquellas palabras: *dinámica, siguientes pasos.*

Aun así tenía la sensación de haberlo conseguido una vez más. Y aunque sabía que cada día era también una despedida más en aquella vida que se había acortado, estaba sencillamente agradecida por haber podido vivir el fin de semana con tanta despreocupación, tanta alegría, y hasta haber conseguido que el equipo del hospital se echara a reír con ganas.

Cuando la visita se marchó y terminó el desayuno, Feeny empezó a esperar impaciente a los suyos.

Tal como suponía, Alina abrió de golpe la puerta antes incluso de que René pudiera llamar. Corrió hasta la cama y Feeny apartó inmediatamente la manta.

Mientras Jan, René y Anika entraban en la habitación, Feeny pidió a Alina que sacara del armario la ropa con la que quería vestir a su madre.

Alina no dudó. Abrió el armario y revisó los distintos cajones.

Eligió con acierto: una camiseta de terciopelo negro brillante y unos leggings rojo y negro que parecían fuegos artificiales.

Mum había comprado aquella combinación, en versión invertida a juego con René, en un outlet de Versace: Dad tenía la camisa con el estampado de fuegos artificiales y unos pantalones negros.

Alina sabía que a Dad le encantaba aquella combinación, porque siempre le recordaba las celebraciones de Nochevieja en las que ambos solían llevarla.

Y parecía haber acertado no sólo con el gusto de Mum, sino también con el de Anika.

—¿Son prendas de tu propia colección? —preguntó Anika.

Feeny sonrió.

—No, todavía no soy tan famosa. Son diseños de Versace, aunque para mí es una enorme inspiración. Me fascina cómo combina lujo y elegancia sin resultar burgués, gracias precisamente a esos estampados valientes, incluso audaces. Siempre me ha gustado la moda masculina barroca. Y también porque René adora los colores.

Anika añadió:

—Los elementos de la Antigüedad son motivos fundamentales en Versace, tomados de la mitología griega. Me hacen pensar inmediatamente en Creta.

Feeny señaló la manga izquierda de su prenda.

—Si miras bien, verás la cabeza de Medusa. Una riqueza de color increíble y, al mismo tiempo, sensualidad y provocación.

Anika y René observaron cómo Feeny empezaba a entusiasmarse. Alina escuchaba atentamente, mientras Jan parecía mucho más interesado en los aparatos técnicos que parpadeaban y se iluminaban detrás de la cama y mostraban toda clase de valores en las pantallas.

—Pero Versace no fue el único diseñador de moda con un final desgraciado.

—¿Por qué? —preguntó Anika.

—Al pobre lo asesinaron hace unos años delante de su casa en Miami Beach.

—¿No era italiano?

—Sí, claro. Y lo enterraron también en Milán, en el célebre *Cimitero Monumentale*, donde están Giuseppe Verdi, su apasionado intérprete Arturo Toscanini y también la expresiva poeta Alda Merini.

—Cuando dices que no fue el único diseñador con una vida desgraciada, ¿en quién más piensas?

—En otro de mis grandes referentes: Yves Saint Laurent. En realidad, para mí fue y sigue siendo todavía más importante. Por su homosexualidad y su relación con Pierre Bergé consiguió introducir elementos andróginos en la moda femenina. Lo que en Versace era juego unido al lujo, en Saint Laurent era refinamiento masculino y elegancia.

»Y me enamoré aún más de su estilo porque tomaba a menudo sus colores y sus formas de su país predilecto, Marruecos. Allí, en Marrakech, él y su pareja compraron en 1980 una casa y un jardín que había creado durante los años veinte y treinta el artista francés Jacques Majorelle, que trabajaba en Marruecos.

»Así como Majorelle prefería temas marroquíes —paisajes, edificios, personas y sus formas de vida— y trasladó toda aquella variedad al jardín mediante plantas exóticas, estanques, pabellones de colores y fuentes, también Saint Laurent encontró allí inspiración y cuidó y transformó aquel jardín junto con su compañero.

»Siempre que estoy en Marrakech me retiro allí. Aunque lo adoran los turistas, todavía quedan muchos rincones sombreados donde uno puede dejar vagar los pensamientos entre colores y formas.

»Pero lo que más me gusta es la lápida de Yves y su compañero Pierre. Y cuando quiero estar especialmente triste y, al mismo tiempo, pensar con mi tristeza en quienes amo, leo las cartas de amor que Pierre escribió a Yves después de su muerte. Basta con unas pocas líneas para que se me llenen los ojos de lágrimas, pero esas lágrimas me calman y refrescan como la fuente que hay no lejos de su tumba.

Alina tomó a su madre del brazo.

Estaba acostumbrada a que Mum empezara a contar y apenas supiera poner fin, pero al mismo tiempo se sentía conmovida y percibía que Mum no sonaba únicamente triste: también irradiaba esperanza.

No había comprendido todos los detalles, pero de alguna manera sabía que había elegido la ropa adecuada del armario.

Y eso la alegró.

—Ya veo que os estoy aburriendo con mis historias de moda —continuó Feeny—. ¿Qué os parece si jugamos juntos a Rummy, allí en la mesa junto a la ventana?

—¡Sí! —respondió Jan, que se puso inmediatamente a buscar el juego con las fichas.

—Mira, ahí abajo, junto a la mesilla de noche —le indicó Feeny.

Feeny se puso su conjunto de Nochevieja y todos ocuparon sus lugares alrededor de la mesa.

Afortunadamente seguía sin compartir habitación, así que había suficientes sillas para todos.

Jugaron durante horas.

Entre medias les llevaron el almuerzo. Los niños recibieron también té y chocolate caliente.

Sólo a primera hora de la tarde Feeny pidió poder descansar un poco.

René, Anika y los niños se despidieron y fueron al restaurante de la primera planta del largo edificio del complejo hospitalario. Los niños escogieron algo para comer y Anika y René compartieron café y pastel.

A su alrededor se sentaban médicos, pacientes y empleados del hospital: una mezcla variada que mostraba que allí todos trabajaban juntos por la vida, aunque desde lugares distintos.

Feeny se había quedado dormida y ni siquiera se dio cuenta de que el profesor Choukri se había acercado a su cama.

Cuando él le habló, despertó lentamente y pareció algo sorprendida de verlo solo en la habitación.

—Todavía no vengo para la visita. Quería preguntarle algo. He recibido una consulta de un consorcio que intenta crear a escala mundial una base de datos de pacientes con cáncer de ovario, para que clínicas y médicos puedan intercambiar perfiles individuales de pacientes, datos, medicaciones y evoluciones terapéuticas y así avanzar hacia tratamientos personalizados.

»Como usted ya aceptó hace algunas semanas participar en ese estudio, nos han preguntado si estaría dispuesta a contar su experiencia en un pequeño documental. El equipo se desplazaría también hasta Manchester y grabaría allí y aquí en Berlín.

»Quizá algún miembro de su familia quisiera hablar igualmente de su experiencia con el tratamiento. Podría animar a otras pacientes a participar, porque necesitamos todavía algo más de apoyo.

A Feeny, que todavía tenía cierta dificultad para seguir todos los razonamientos del médico, le quedó al menos claro que intentaba mejorar las posibilidades terapéuticas y aumentar la conciencia pública de esos esfuerzos.

—¿Cree que soy la paciente adecuada? Precisamente ahora, después de estas últimas semanas en las que más bien me he venido abajo.

—En el cáncer de ovario, como usted ya sabe tan bien como yo, tratamiento significa sólo en contadas ocasiones curación. Muchas veces ya nos damos por satisfechos si nuestras pacientes pueden vivir una vida que merezca la pena, sin importar cuánto tiempo dure.

—No puedo explicarle lo importante que ha sido para mí este último fin de semana. Las conversaciones con mi amiga, estar con mi marido, con los niños. ¿Qué no daría una por dos días así? Cualquier esfuerzo merece la pena.

»Nos reímos tanto juntos. No se imagina cómo me miraba mi marido cuando me subí a la bicicleta. Hasta me gané el respeto de mi hijo cuando pedaleé cuesta arriba por los caminos del bosque sin una sola queja.

»Y, de verdad, con cada metro me sentía mejor. El olor de los pinos, el verde húmedo de los prados, el perfume de mi marido... Todavía lo huelo, porque estos olores viven más en la memoria que en la nariz.

—¿Entonces aviso al equipo de rodaje?

—Sí, por favor. Y tengo confianza en que durante los próximos días no sólo pueda volver a montar en bicicleta, sino también caminar normalmente y, en general, regresar a la vida.

—Yo también tengo esa impresión. Pero déjeme darle un consejo más, fuera de la visita oficial. He revisado sus valores. En conjunto están bien y probablemente tampoco exista un peligro grave en los próximos días o semanas. Sin embargo, algunos datos indican que la enfermedad ha vuelto a ganar velocidad.

»En mi opinión, todavía es demasiado pronto para una intervención drástica. Siempre tenemos que sopesar. Si intervenimos demasiado pronto, vuelvo a meterla en una cama y la enfermo durante días, semanas, quizá meses, cuando de otro modo puede llevar una vida relativamente normal: con su familia, con sus amigos, ejerciendo su profesión, volando por el mundo, vistiendo a personas y enriqueciendo sus vidas.

»Pero si actuamos demasiado tarde, podríamos dejar pasar una dinámica que después ya no podamos detener.

»Por eso le propongo que sigamos en contacto muy estrecho. Si, como en los últimos días, desarrolla fiebre persistente durante varios días, especialmente si llega a 38 grados, o si aparecen dolores fuertes, duraderos y apenas soportables, póngase inmediatamente en contacto con nosotros.

»Siempre tendremos una cama preparada.

—¿Y entonces todavía habrá opciones?

—Hay opciones. Y yo le diré cuando crea que empiezan a agotarse. Pero todavía no estamos ahí.

»Por cierto, ya que hablamos de apariciones públicas: ¿estaría dispuesta también a participar como invitada en mi serie de pódcast? He empezado a invitar cada tres semanas a una personalidad interesante para conversar sobre qué nos impulsa en lo más profundo a hacer lo que hacemos y de la manera en que lo hacemos.

—Me halaga —dijo Feeny—. Sé que hago con pasión lo que hago y que soy una mujer segura de sí misma, pero no sé si me llamaría una personalidad.

—A mis ojos no es sólo una paciente extraordinaria, una de mis pocas supervivientes de larga duración. Para mí es también un modelo de cómo aprovechar el tiempo de vida. Cuando durante mis consultas me siento cansado, abatido y apenas encuentro fuerzas para recibir a la siguiente paciente, pero veo su nombre en la lista, siento la energía que desprende incluso antes de que entre en la consulta.

—No hace falta que nos demos palmaditas mutuamente en la espalda. Intuyo lo exigente que es su trabajo. Sólo puedo devolverle algo parecido: cada cita con usted me provoca palpitaciones, y por eso mismo me gusta llevar a mi marido conmigo. Después de los primeros datos negativos y de esos comentarios que usted rara vez oculta, desconecto por dentro, aunque no quiera. Simplemente no lo soporto y hago clic para salir.

»Pero, aun así, usted me da estabilidad en la vida. Porque sé que, cuando me dice lo que acaba de decirme, puedo entrar al menos con cierta confianza en el día siguiente y en la semana que viene.

—Gracias por estar dispuesta. Me pondré en contacto con usted. Tengo que volver al quirófano, pero nos veremos otra vez esta tarde durante la visita.

Feeny volvió a recostarse sobre la almohada.

Durante los primeros años le había costado mucho hablar de su enfermedad. También se había impuesto la regla de contar poco en el entorno familiar más amplio. En la oficina, con

sus empleados y con sus clientas y clientes, tampoco hablaba de ella, porque quería seguir siendo ella misma y no únicamente una paciente.

Hacía falta valor para presentarse ante el público.

Pero también podía ser una forma de reafirmarse a sí misma.

Tenía la impresión de que hablar públicamente de su propia experiencia con la enfermedad podía ayudarla a tomar mayor conciencia de ella, a no limitarse a convivir con ella, sino también a luchar contra ella y quizá ayudar tanto a sí misma como a otras personas a aprender a vivir con ella.

Después volvió a resonar dentro de ella que el profesor Choukri había hablado de varias semanas, quizá incluso de meses, antes de que pudiera ser necesaria otra quimioterapia invasiva o una nueva operación.

Eso probablemente significaba que, entretanto, podría continuar sólo con la inmunoterapia, mucho más llevadera.

La idea de marcharse lo antes posible al sur soleado después del alta empezó a crecer en ella.

Naturalmente sabía que René no podía disponer de tanto tiempo: estaba muy ocupado profesionalmente y, además, uno de los dos tenía que ocuparse de los niños durante los fines de semana.

Pero quizá podría preguntar a Anika si quería pasar algún tiempo con ellos.

A Feeny le haría bien.

La inmunoterapia que recibía desde hacía algunos meses tenía un efecto secundario desagradable, aunque no peligroso: tanto las uñas de las manos como las de los pies se le inflamaban y supuraban desde el lecho ungual.

Durante las vacaciones familiares del final del verano en Croacia había observado que la combinación de sol, viento y agua de mar hacía que aquellas heridas mejoraran notablemente en cuestión de pocos días.

Pero al regresar a Inglaterra habían vuelto a empeorar.

Mientras seguía perdida en aquellos pensamientos, se abrió la puerta y entró la visita.

Después de comentar algunos detalles dirigidos sobre todo a su séquito, el profesor Choukri se volvió hacia Feeny y pronunció las palabras liberadoras:

—Mañana puede irse a casa. Y esta vez quiero decir a casa de verdad: no sólo a un hotel de Berlín, sino a Inglaterra. El médico jefe preparará el informe de alta y nos veremos dentro de unas semanas. Pida, por favor, una cita con mi secretaria.